



ENIZAS

VICENTE MEDINA



8-A-31



ENIZAS

(PALABRAS DE AMOR)

Colección
de las
Obras Completas
de

VICENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor

XIX

Rosario de Santa Fé

(República Argentina)

Año 1924

Archivo M. Murcia



1008329
3-A-31



R. 10.573

DERECHOS RESERVADOS

CENIZAS

¡Para vosotros, garrapateadores de papel, en cuanto veís unas faldas os parecen encantadoras.

TH. DOSTOIEVSKY.

ME SIENTO FRÍO

Lo absurdo y lo contradictorio abundan en amor. Indudablemente el amor nos entontece. ¿Cuándo hacemos más tonterías, sino cuando estamos enamorados? ¿Y cuándo, también, decimos más tonterías, sino entonces?

Creo, firmemente, que todo cuanto yo escriba con emoción, sintiéndolo de verdad, me resultará bello, intenso, interesante...

Sin embargo, hoy me pongo á releer las cosas de amor que escribí estando profundamente enamorado, y lleno de emoción y de sentir, y jamás he escrito tantas tonterías.

Por eso, de nada de lo escrito por mí, he desechado tantas cosas como de estas *tonterías de amor*,

de las que, en realidad, quemándolas, he hecho verdaderas cenizas.

Y si algo de amor he escrito que merezca la pena, y si algo de ello queda en estas páginas, es, sin duda, porque lo escribí *en frío*.

*

Observo, en mí, que trabajos literarios míos que hoy me gustan, mañana no me gustan. Y también, aunque menos veces, que trabajos que hago con entusiasmo y que, ya hechos, me gustan, después no me gustan y luego me vuelven á gustar.

Esta inseguridad de mi autocrítica me alarma.

Y no me refiero á lo que ha de ser bueno en cuanto á la forma vulgarmente entendida: corrección, atildamiento. La forma que yo definiendo surge ó ha de surgir bella (aun en moldes simples y descuidados) de *lo caliente* del sentir y del pensar.

¡Lo caliente! Posiblemente, todo es eso: *lo caliente*. El calor solar transformado en una infinita variedad de colores, de ardimientos. La vida es eso: *lo caliente*. Lo apagado, el morir, es el no estar ya calientes.

No obstante, cuando yo escribía las cositas de

este libro, *yo estaba caliente...* ¿Por qué, entonces, las siento ahora frías, tontas? He dicho que, en cosas de amor, abundan lo absurdo y contradictorio.

*

Parece que actualmente se remueve bastante la teoría de que no están en las cosas el sentimiento y la belleza que les atribuimos, sino en nosotros, y que esas cualidades de sentimiento y de belleza son un reflejo de nuestro estado. Posiblemente es así.

Tengo cincuenta y ocho años de edad y mi reflejo sobre estas *palabras de amor*, no puede ser otro que el de unas pobres cenizas. Ojalá que para tí, lector ó lectora, tengan estas «Cenizas» alguna brasa ardiente y brillante... ¡Porque es tan triste este frío de la edad que yo empiezo á sentir!...

DEL FUEGO APAGADO

Cuando mi primera novia me dejó por otro, quemé sus cartas que, al poquito de arder, eran un montoncito de cenizas...

Hay cenizas fecundas. De aquellas, nacieron, como el fénix, mis poesías "Mi reina de la fiesta", "En la senda", "La carta del soldao" y otras.

¿Provendría esta fecundidad de que fueron cenizas de sueños de juventud?

Después he ido quemando otros sueños... La vida es eso: fuego y cenizas.

Pero estas cenizas, según van siendo de vejez, parecen menos fecundas.

De las últimas cenizas de mi corazón, que arde y se consume, y en estos crudos días del invierno de mi vida, ya quedan solo unos fríos «Hielos.» (1)

(1) Poesías en preparación.

EL ARTISTA

NUNCA ES VIEJO

¿Hasta qué grado de profundidad penetra en el ser lírico la verdad de lo sentido? ¿No existe positivamente un fuerte poder de imaginación, capas de las más precisas representaciones?

I. TORRENDELL

NO olvide el curioso lector, ó más curiosa lectora, que el poeta es, ante todo, un artista que goza produciendo emoción... misión principal del arte. Y produce la emoción, más con lo imaginado que con lo real, puesto que hasta lo real tiene que tener mucho de imaginado, pasando por el temperamento.

El artista quiere, ante todo, producir emoción y siente alegría cuando piensa que la vista de su cuadro oprimirá el corazón ó que sus versos arrancarán lágrimas...

El arte es una cosa independiente de la vida privada de un artista; en el pintor, sus desnudos, no son sensualidades... en el poeta, sus románticos amores y sus pasiones cálidas, están muchas veces tan solo en su imaginación... El pobre artista concibe dramas y penas hondas, y sueña triunfos y afortunados amores y encantadores idi-

lios... cuando, acaso, vive la más triste y vulgar de las realidades... Es artista y él mismo llega á creer sus sueños. Y bien considerado, son sus sueños la única realidad para él, puesto que en ellos vive.

*

Personas que nos conocen de cerca y que nos leen, nos suelen preguntar:

—¿Y esos versos, por quién son?

—¿Y esa amiga, quién es?

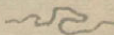
—¿Y aquellos amores de «Mi reina de la fiesta»?

—¿Y el poema de «La Compañera»?

—¿Y esos cálidos arrebatos de hombre meridional?

—¿Y esas melancolías y tardíos florecimientos primaverales?

Pues eso es... el artista y nada más que el artista... Y viejecito lo vereis un día y será lo mismo... Y si no lo viérais, y no supiérais que era viejecito, os lo imaginaríais joven y gallardo, porque sus versos os parecerían rosas frescas, ¡y los rosales como los artistas nunca son viejos!



CENIZAS

DONDE ESTÁS, alma luminosa, alma-chispa? ¿Dónde estás, alma-flor, alma-cáliz, en cuyo corazón pueda caer y cuajar fecundo el polen de mis pensamientos? ¿Dónde estás alma-intuitiva y adivinadora? ¿Dónde estás, alma-sensación, alma-vibración, alma-efusión? ¿Dónde estás, alma estática, elevada y transfigurada? ¿Dónde estás, alma suspirante, palpitante, estremecida, herida?... Herida en lo entrañable, de lanzada incurable, la abierta llaga siempre sangrando irrestañable... ¡la abierta llaga en una eterna y dolorosa punzada inconsolable!...

¿Dónde estás, alma-rapto, alma-penetración, alma-rebelde, alma-aventura, alma-

protesta, alma-libertadora, alma-arrebatadora, alma-incendio, alma-luz, alma-Fénix?

Alma-inteligencia, alma-sentimiento, alma-idealidad... alma de una mirada, alma de un suspiro, alma de una sonrisa: cerca estás de mí, te veo, ¡qué hermosa eres! te veo... pero no con mis ojos... eres el alma-ilusión... te veo, precisamente, cuando mis ojos se cierran, cuando quien mira es mi alma...



CUANDO YO ERA NIÑO, de madrugada me despertaba un dulce rumor... Abría mis ojos y veía la luz encendida: era mi padre que le leía á mi madre, en la cama, cuentos y versos...



HARÉ UN LIBRO de estas cositas que te escribo y te digo... Y ella, que era una bebedora de palabras

luminosas, se quedó extasiada...



LE GUSTA A MI AMADA que cuando voy con ella, lleve yo un libro. Y su encanto es juntar su cabeza con la mía y leer...

A mi amada le gusta la dulce soledad, el recogimiento... Y ese libro nos aísla en medio de las gentes: en los paseos, en los tranvías, en el bullicio de los entreactos teatrales... Por eso, cuando vamos á salir, me dice mi amada amorosamente sugestiva: «¿Llevas el libro?»



ENUMERAS CON verdadero deleite las bellas cualidades y atractivos que en mí encuentras y que justifican el cariño que me tienes... ¡Ay, Dios mío!... ¿Y si yo no tuviese ó llegase á perder estas bellas

cualidades y atractivos?... ¿ya no me querías?

¡Cómo hacer! Quiero que mis méritos merezcan todo tu cariño y más... pero que me quieras sin estos méritos y hasta con defectos...

Quiero que me quieras «porque sí»... sin que sepas «por qué»... y hasta á pesar tuyo... ¡que es así como yo te quiero!



CON TU AMOR me abres las puertas de un paraíso que yo lo creía ya para mí vedado.

La pena de no conocer la dicha no se iguala con la pena de perderla, y tiemblo ante esas puertas abiertas, que lo mismo que hoy me invitan á entrar, pueden mañana invitarme á salir...

Y puesto á pedir en este amor, casi no te pediría amor... ¡te pediría constancia!

AQUELLA CARTA de ella... aquella carta suya, por mí tan esperada, no venía nunca... Y yo pensaba: «Es el silencio de las negativas.»

En ésto ví venir al cartero por la calle, entre la niebla gris de la mañana...

El cartero me conocía mucho en mi espera ansiosa de tantos días y, al verme, movió negativamente la cabeza...

Y entonces ya no ví yo al cartero... Ví solamente, en mi obsesión, a ella... ¡pareciéndome de ella, entre la niebla fría, aquel descorazonador movimiento de cabeza... aquella negativa silenciosa!...



CON EL DÍA PRIMAVERAL, se han removido los rosales, llenándose de rosas.

Todo lo que intento decirte se traduce en pensamientos literarios.

Han dado rosas los rosales porque les ha dado el sol.

Es lo que digo yo, cuando tú me miras y me remueves con tu dulce mirada...

Mejor me compararé con el viejo durazno de tu patio, que en los días más fríos se ha vestido de flores en una explosión de aurora...

Parece que el amor proviene de la juventud...

Es al contrario: la juventud proviene del amor. Amar es juventud. La joven planta, como el rugoso tronco, en la bella movida de un día primaveral, se llenarán de flores... Y yo... ¡todo me he vuelto flores para tí!



OH LA CARICIA suave del plumón de cisne con que te empolvas la cara!...

Te miro ante el espejo... en él te contemplas...

Nadie ama tu belleza, como tú misma, y me explico por qué nadie, en amor, te satisface: no hay caricia, para tí, como la des-

vanecedora de ese plumón de cisne, ante el espejo.



QUIZÁS MI AMADA os parezca bella, pero no la busqueis entre las hermosas...

No es mi amor aquella mujer deslumbradora y arrogante...

Esa que veis honesta y débil como una sierva humilde... ¡esa, esa es la reina de mi corazón!

Y ella no sabe que su dulce acatamiento es imperio... que cuando se desploma desvalida, alzándola, mis brazos la ponen en un trono... que cuando inclina, mártir de amor, su frente, ¡es para recibir una corona!



PUEDEN ROMPERSE las tirantes y duras cadenas, tiránicas, que oprimen

y oprimen...

¿Pero cómo romper estas blandas cadenas de tu tierno y fino afecto, que ceden y ceden?...



TU MADRE ME CUENTA, reventando de orgullo, lo bien compuesta y bella que te ha llevado al baile de alta sociedad, en el que llamaste la atención...

Y yo, escuchándola distraído, te miro encantado de lo preciosa que estás con las humildes ropitas de dentro de casa, y pienso que así es como estás más natural y verdaderamente bella...



LA GENEROSIDAD de los opulentos, apenas es generosidad. ¿Que es un puñado de oro para el opulento? Pero el opulento y el pobre pueden dar el corazón...

Por eso en la mayor indigencia se puede ser generoso.

El verdadero amor no es otra cosa que desprendimiento y generosidad.



EL PAJARITO REVOLOTEA entre el ramaje y canta; pero, hábiles nosotros, lo hemos perseguido y ha dejado de cantar, cayendo en nuestras manos.

En el hueco de nuestras manos sentimos cómo al pajarito le late el corazón... Aquel corazón parece, con sus saltos, otro pajarito que se agita y canta triste dentro del pecho...

¡Cuántas veces hemos caído también nosotros entre unas preciosas cazadoras manos y, dentro de nuestro pecho, agitado como otro pajarito, ha cantado triste nuestro corazón!



DECÍA ELLA:
Me siento dulcemente atraída por tí

y, al mismo tiempo, me produces un recóndito inexplicable enojo... Me noto así como rencorosa contigo, por algo que me has hecho... Y es que en todo amor hay encono... porque todo amor, aunque parezca lo contrario, es agresividad, tiranía, esclavitud... ¡y me siento herida!



LOS QUE TE VEN pasar, ven una mujer... ¡Yo veo un resplandor!



AL AMOR LO PINTAN ciego... Haría, sin embargo, a los ciegos, tu amor abrir los ojos y te verían con el alma... porque los ojos más abiertos y los que más miran, no son los que más ven... Por eso yo, para verte y quererte mejor, cierro mis ojos, ya que al amor lo pintan ciego.

T ENGO MIEDO al desencanto...

No al desencanto de pedirte y que me niegues...

Sino al de que me ofrezcas y no me cumplas...

¡Y tus miradas y tus sonrisas y tus palabras, son una constante promesa!... ¡Ese es el peligro!



E STUVE Y YA HABÍAS pasado... Así es la vida; todo es coincidir.



E RES TAN BUENA, que tiene tu carita un gesto de pedirle perdón á todo el mundo.



I NSISTÍ EN QUE ME aclarases tus palabras enigmáticas y, entonces, noble y tristemente, me confesaste una falta tuya que

podías habérmela ocultado, para aparecer más perfecta á mis ojos... Y más perfecta apareciste á mis ojos, pero fué cuando ví que ni siquiera te sincerabas, ¡pobrecita!



TODOS LOS BESOS que te he dado forzándote, te los cambiaría por uno que medieses por tu voluntad.



ERA YO TAN POBRE!... Hacía mucho tiempo, ¡un siglo quizás!, que yo no la veía cerca de mí, hablándome, mirándome...

Ella había roto conmigo, pero no yo con ella... ¡porque yo era su aliado contra mí mismo!

No acudió á las citas del amor, pero acudió á la cita del odio: á recriminarme y apostrofarme, porque mi cariño era para ella,

«una pesadez y una constante impertinencia.» (Fueron sus palabras.)

Y fué entonces cuando su duro acento me pareció *blando*... ¡tan deseado era por mí!

Y fué entonces cuando sus palabras, crueles y despreciativas, me parecieron dulces y buenas... ¡tanto yo las necesitaba!

Y fué entonces cuando su torba mirada, aun negándomelo todo, colmó la ambición de mis sueños... ¡era yo tan pobre!



L OS VERSOS PARA UNA MUJER.

Porque nos sirvió de tema para unos versos, una mujer nos dijo:

«¿Por qué se ocupa usted de mí? Sóbranse asuntos más serios para el escritor.»

Y miramos ante nosotros las rimas de Becquer...

El gran lírico escribió no seriamente para

el respetable lector, sino para una sola mujer que, por cierto, correspondió cruelmente las divinas ternuras del poeta; que no lo comprendió; que, tal vez, lo leyó burlándose de su incomparable lirismo.

Pero las rimas de Becquer no fueron para aquella mujer, que ni las leyó, quizás: fueron para las almas que han correspondido y amado al poeta, porque lo han comprendido.

¿Y, de aquella mujer, qué nos queda en las rimas de Becquer, qué nos la recuerda?

Nos queda y nos la recuerda el triste dato de que al divino poeta ella lo hirió en la sombra...

Del poeta sí: nos queda la inmortal queja dulcísima, recogida en un libro escrito para las almas exquisitas, y no escrito, aunque lo parezca, para una sola mujer. ¡Triste destino escribir los más finos versos, para quien nos trata cruelmente y no nos

comprende, ni nos ha de leer quizás!



L O QUE VALEMOS. Me dices, mujer, que no vales nada.

¡Que no vales nada!

El oro es vil y, en sí, bién poco vale... pero la estimación en que lo tenemos los hombres le dá todo su valor...

Estimación es lo mismo que justipreciación.

El cariño y el afán por las cosas, es lo que les dá valor.

Aquello que amamos locamente, es, para nosotros, de un valor inapreciable.

Aunque no valgas nada, mujer, vales el precio fabuloso en que te ha tasado mi cariño.



L A LADRONA DE LA INOCENCIA.

Tú, criatura, estabas encantada...
¿Quién fué la bruja que te abrió los ojos

y te robó tu inocencia?

¡Malhaya la bruja que te hizo mal!

Ha tenido que ser la bruja Malicia.

Tú, gozosa, corrías y saltabas... tú cantabas y creías en todo...

Tú te mirabas en el espejo de las fuentes y seguías en las dormidas aguas el curso de los pececillos, veloces como flechas, ráudos y rosados como tus pensamientos...

Tú amabas las rosas, y tus rosados dedos gozaban del dulce dolor de punzarse quitándoles las espinas... ¡Y pensabas, angelical, que tenías, en el mundo, la divina misión de ir quitando espinas!...

Tú mirabas las estrellas y soñabas... y hablabas con ellas... y sabías de muchas cosas delicadas, preciosas á tu corazón, porque las estrellas te las habían contado...

Tú eras feliz en aquella inocencia que nos deja gozar el éxtasis de una noche de luna, de un verso, de una canción, de una mirada, de una sonrisa...

Oh, tú eras feliz porque, para tí, todo tenía luz y aroma y armonía...

Oh, tú eras feliz porque creías en el amor y en el heroísmo y en la generosidad...

Y esa maldita bruja, ladrona de inocencia, vino y te dijo:

—No te creas nada, todo es mentira, no te fíes...

Y tú, pobrecita, abriste los ojos, atemorizada, y viste que ya no eras inocente.

Tu inocencia te la había robado la bruja de los desencantos y de la maldad y de la envidia...

Y tú, pobrecita, que ya no eras una candorosa criatura inocente, dejaste de ser feliz y te mofaste de todo: de las noches de luna, del amor puro, del perfume de las rosas, del fulgor de las estrellas y del encanto de los versos...

Sí, pobrecita: esa bruja te ha hecho mucho mal.

Yo he comprendido que ya no eras una criatura inocente y que ya no eras feliz, al

ver que de todo ya te reías... ¡Que ya te reías de todo, tan dolorosamente!



EL ÍDOLO. Y me dijeron: El mundo no te tomaría en cuenta tus debilidades amorosas, si el ídolo tuyo fuese una mujer de belleza admirable; pero se trata de una chiquilla sin visibles atractivos, y es ridículo tanto amor y tanta idealidad...

Y yo ví, claro, que mi amor era puro y sublime, por eso mismo.



Y, luego, cuando supieron lo mal comprendido y mal tratado que por aquella chiquilla, finalmente, se vió mi dulce amor, se desataron contra mí de esta manera, echando el ídolo al suelo y queriéndolo hacer pedazos:

«¿Has visto? No dió muestras de la sen-

sibilidad exquisita que en ella tú ponderabas. No entiende tu fino rendimiento y, porque no aborreces, llama asquerosa tu bondad; también te califica de infame, porque eres noblemente sincero; y ni siquiera alcanza el puro ideal que te inspira: porque haces de ella, en tus versos, una figura inmortal, llama tu obra de artista, obra de ignorante... ¡Todo te está bien merecido!»

Y, viendo que decían verdad, ví también, que aquella chiquilla, humana al fin, era, por su flaqueza de encegucerse y de juzgar ligera y equivocadamente, más acreedora á mi tierna solicitud... Porque el apoyo fuerte del verdadero amor lo reclama, no lo perfecto é incommovible, sino lo débil y tornadizo, que de tal apoyo anda necesitado... Ella ¡pobrecita! humana al fin, ¿qué culpa tenía?

Tacto cuidadoso y mullido blandura debe nuestro espíritu á la débil fragilidad...

*

Y recogí el ídolo del suelo, resguardán-

dolo delicadamente entre mis brazos y apretándolo contra mi corazón... Ni estaba roto, ¡ni lo romperá nadie! ¡Idolo mío!



FIDELIDAD. Todos me querían en tu casa, pero no tu perro.

Vosotros me sonreíais todos y el perro me ladraba furioso.

Bien es verdad que vosotros me conocíais y el perro no.

Poco á poco, el perro se fué amansando conmigo, á fuerza de verme y de tratarme.

¡También es verdad que nunca traté mal ni al perro, ni á vosotros!

Pero ésto no sería una razón porque, siguiendo conducta distinta que el perro, en tu casa comenzaron á odiarme cuando los traté exquisitamente y vieron que los amaba... Descubrieron que yo no era un amigo vulgar, de los que nunca son verdaderos

amigos, sino algo más peligroso: yo era para ellos un intruso que quería meterse en la familia por los caminos del corazón...

Fué entonces, ya conseguido por mí que el perro saliese acariciador á mi encuentro lamiéndome la mano, cuando tu gente comenzó á gruñirme como á tal intruso... Hasta que se opusieron abiertamente á que yo fuese por tu casa, porque luego, al despedirme, tú salías sonriendo á decirme adiós hasta la puerta, y porque te quedabas alabando mis virtudes y mis bondades...

*

Y ya no he vuelto á pisar los umbrales, donde puse tanta dulzura y cariño y sólo hostilidad furiosa encontraría.

Pero no la hostilidad de tu perro.

A tu perro he visto que tratan de azuzármelo cuando paso cerca, sin lograr que se me embista.

Y es que los perros no son como las

personas: una vez que los perros nos toman cariño, ya no cambian y es inútil azuzarlos.

Por eso, cuando á deshora de la noche rondo tu casa, tu perro sale acariciador y silencioso á mi encuentro, lamiéndome la mano...

Porque bien comprende que no será enemigo quien de amor tiembla y te ronda tu casa suspirando...

Porque quizás tu perro entiende de amor y de fidelidad mejor que nadie...

¡Y es el perro de tu casa, ahí donde me sonreían todos y él me ladraba, mi único y fiel amigo!



NIÑADAS. Tú, tan amante de los niños, piadosa y libérrima con los niños, que los amas, que moldeas sus almitas entre tus deditos hábiles, — ¡deditos de hada! — ¿por qué no me tratas... y guías:... y quieres... como á un niño?

¡Qué soy yo, sino el más pobre de tus niños... el que teme tu severidad y busca tu dulce mirada benévola!...

*

Te atraes á los niños y estás en el centro del jardín jugando con ellos...

Mi corazón, niño también, tras de tí se ha marchado... ¿Juegas también con él?



EN EL REINO DE LA VERDAD.
Yo me había muerto ya.

Tú también te tenías que morir.

Yo me había muerto ya; pero, muerto y todo, sentía el dolor de aquella última carita tuya... ¡tan injusta y tan cruel!

Yo sentía el dolor; pero era un dulce dolor, porque era dolor sin encono... Ni

en la vida había yo sentido el encono ¡cuando menos en la muerte!

Y como yo ya me había muerto, yo estaba en aquel rinconcito que tú sabes, descansando en paz, triste, pero dulcemente triste... Porque no hay cosa más triste que la verdad, y yo estaba en el reino de la verdad, y es la verdad la vida de la muerte!

Y estando allí, desde aquel rinconcito, ví, con la mirada traslucida de los muertos, que tú, por el mundo, ibas también camino de la verdad... Y seguí tus pasos: echaste por el camino de los últimos adioses y pasaste una puerta enverjada... En la mano llevabas un ramito de rosas... ¿A dónde irías? ¡Pues ibas acercándote á la verdad, y llegaste!

Y pusiste sobre mi pecho tu ramito de rosas que parecían cuajadas de rocío... Gotas de rocío, que no eran sino lágrimas que se filtraron en mi pecho y que fueron borrando, una por una, las palabras de aquella última cartita tuya ¡tan injusta y tan cruel!

Y es que, en el reino de la verdad, aquellas duras palabras tuyas eran mentira... ¡y era verdad tu sentimiento!



L A CIEGA QUE VEIA CÓMO ERA EL AMOR. Era ciega, de nacimiento, y yo, ya que no á sus ojos, quise llevar luz á su alma y le pinté con bellas palabras cómo era la luz de los cielos: el sol, las estrellas, las nubes encendidas, las noches de luna...

Y la ciega no pudo comprenderme, porque había vivido siempre en la noche negra y no tenía la sensación luminosa de los colores.

Pero un día le hablé de otra cosa á la ciega; le hablé de amor y me dijo exaltada:

“Oh, sí, lo comprendo muy bien. El amor debe ser como la luz de los cielos...”

¡como el sol, como las estrellas, como las nubes encendidas, como las noches de luna!...” Y se quedó extasiada...



POR UN AGENTE de policía, por un patrono, por un dómine, por el propio padre: siempre he visto tratar con dulzura a los violentos y con violencia á los dóciles...

¡Qué se ha de hacer, Señor!

Séres hay á quienes idolatro, de quienes soy ángel custodio y cristo redentor, y de los cuales temo, entristecido, — delincuente de mi tierna debilidad, — la incomprensión, la intolerancia, la sordidez de los afectos egoistas.

¿No es triste pensar que, muchas veces, hasta el amor de que somos objeto es un

fieró egoísmo por parte de quien nos ama?...



POCOS OS AMARÁN *que, al amaros, os den vuestra libertad!*



VEMOS QUE, REALMENTE, el amor es pedir, no dar... Cuando el verdadero amor debía de ser desinteresado: dar, conceder... El amor de las divinas renunciaciones apenas existe.



LO MAS CARACTERÍSTICO, en amor, es que quien os ame os prive de vuestra libertad; el amor es sordidez de la prenda amada.

EL AMOR ES TIRÁNICO las más de las veces.



PERO SI AMAIS con el amor de las puras renunciaciones, ni la tiranía, ni la esclavitud, existirán para vosotros.



MÁS RICOS DE AMOR sereis, cuanto más desprendidos... ¡más pobres, cuanto más codiciosos!...



AMAR ES LA MAYOR indigencia... ¡y, en la mayor indigencia, poseerlo todo!



AUN HOMBRE TÚ lo hiciste venturoso ¡y él te hizo desgraciada!

HAS CONSEGUIDO ponerme triste... Es decir: has conseguido que te quiera más finamente. Empecé queriéndote en tu encanto y ahora te quiero en tu debilidad... Y me enamoro más y más de tí recordando, no tu gracia, sino tu desgracia.



EN LA CAMA FUE el amor... en la cama fué el dolor... En la cama te postró la pena y lloras la infamia de un hombre... Silencioso y fiel, yo estoy á tu cabecera. Pero tus ojos no me ven porque están ciegos de tanto llorar al ingrato...

Y yo pienso, triste, que tus ojos son los eternos ojos del amor, que ven pocas veces á quien bien los quiere...



TE ENCANDILABAS en él y él te miraba como una de tantas florecillas

que á la orilla del sendero se cortan, se aspira un momento su perfume y se tiran...

Y aquello era muy natural porque yo, triste, también te miraba encandilado, á través de una celosía, y tú, en aquel momento, ... ¡ni te acordabas de mí, siquiera!



HE SIDO TAN RICO en amor, que no me resigno á limosnas. Quien lo tuvo todo y lo dió todo, puede despreciarlo todo.



NO QUIERO COMPASIÓN — me decías.

—Sin embargo, sabes tú muy bien que hay amor fino que se disfraza de compasión... ¡como hay también, muchas veces,

una delicada compasión disfrazada de amor!



ELLA TENÍA MUCHO talento; pero, con todo su talento, se dejaba vencer por las eternas debilidades humanas... y, sobre todo, por aquella necia vanidad femenina del trapo...

Ayer me la encontré toda emperifollada... ¡Bien se comprendía que había pasado medio día poniéndose alfileres ante el espejo, para salir á la calle á hacer el pavo y llamar la atención de cuatro necios!. . . Pensé en que le saben á incienso las gansadas que éstos le dicen al pasar... Y, al considerarla de este modo, únicamente se me ocurrió exclamar:

«¡Qué poco talento tienel!»

*

No concibo el absurdo del trapo en una cabecita pensadora como la suya y, conse-

cuenta con la vanidad femenina, me hubiese parecido más razonable y de gusto soberano, original y plausible, que en aquel día canicular de calor sofocante, ella se hubiera echado á la calle como una Venus recién salida del baño...

*

Finalmente, las mujeres que más gastan en vestirse son las que van más desnudas.



PROCLAMAMOS LA libertad en amor... ¿Para qué? Cuando amamos, nos sometemos á la dulce esclavitud dichosos y voluntariamente... Y, cuando no hay amor, ¿de qué sirven cadenas y prisiones?

Absurda ansiedad de amor libre. Lo más libre de la vida es el amor.

Para el amor, si bien observais, no hay leyes, ni jaulas de oro, ni abrazos de pa-

sión que lo retengan... Para el amor, todo son abiertos espacios y, cuando quiere volar, en donde quiera que se encuentre, abre las alas, y se lanza á los cielos... ¡y ama!



AUNQUE ME OLVIDES en tus alegrías, quiero que en tus penas te acuerdes de mí y acudas á mí... Así lo quiero porque te quiero.



NO TE PREGUNTO si me quieres... ¡te digo que te quiero!

No te pido que me quieras... ¡te digo que me dejes que te quiera!



COMO NUNCA TE reprocharé nada, no tienes necesidad de hacerme sentir tu desvío.

HEMOS SUSPIRADO por una belleza delicada... más bella en inteligencia que corporalmente... más bella en sentimiento que en sabiduría...

*

Nos ha cautivado su belleza delicada... de su belleza, lo melancólico... de su melancolía, un no sabemos qué dolorido...

*

Quedó pensativa... su mirada estática, en pos de su pensamiento, lejos, remotísima... ¿dónde?... Por su rostro, como por un cielo, pasó una sombra de recuerdos y de tristezas... luego pasó una nube de tormentosos pensamientos... después brilló

el iris de una sonrisa... sus ojos estaban húmedos...



EL AMOR ES TIRÁNICO, absoluto, egoista... ¡Qué extraño ha de ser, entonces, que el amor nos esclavice, que nos quiera atormentándonos y que nos arranque lágrimas!...

Yo, que te amo, ¿cómo te amaría para no hacerte sufrir?



VÍ QUE MULTITUDES de espíritus cosechaban desencantos, odios y penas...

Y les pregunté: «¿Pero cuál fué vuestra siembra, desdichados?»

Y, tristes y descorazonados, me respon-

dieron: «Nuestra siembra fué de amor.»



PARA EL SENTIMIENTO no existe la distancia del espacio... La distancia, en sentimiento, suelen ser desiertos infinitos infranqueables...



DIME QUE NO QUERRÁS á nadie más... y que no pensarás en nadie más...

—¡Cómo decirte eso! Tú quieres una cosa mía que no es mía. Mis acciones pueden ser cosa mía, pero no es mía la raíz de mi sentir y de mi pensar. De esa raíz vengo; pero ella no viene de mí.



LÓGICA DEL AMOR. ¿Que por qué te amo? Pues por eso: porque me das

tormento. ¿Que por qué me dás tormento?
Pues por eso: porque te amo.



QUE MÁS HACE el que quiere,
que no el que puede.

Eres tan generosa y buena, que no me
extrañaría que á un pobre que viniese á
pedirte limosna, no teniendo qué darle, le
dieras un beso... ¡Santa! ¡graciosa!



EL SUICIDIO POR desesperación es
absurdo, cuando tenemos salud...
Los estados espirituales pueden cambiar
como las nubes en el cielo...

CIERRO LOS OJOS para verte mejor.



MI MANO ES SÁBIA acariciando: ha descubierto los rincones más deliciosos de tu cuerpo.



ABRÁZAME CON tus brazos desnudos.



LLEVABAS UN POMO de rosas prendido sobre tu pecho, y me dijiste: —¡Huele!

Tu pecho se agitaba acompasado y, al inclinarme sobre él delicadamente, me que-

dé en esta deliciosa incertidumbre:

«¿Huele su carne á rosas, ó las rosas huelen á su carne?»



PONES EN TU SONRISA tanta inocencia y tanta humildad, que me confundes y me conviertes en esclavo tuyo.



NO ERES extraordinariamente bella; pero te sonríes con tal pureza, que parece que en tu cara sale el sol.



NO ME GUSTA perder el tiempo... ¡pero cuánto me gusta hablar de amor!



Hablábamos de amor todo el día y perdíamos mucho tiempo... Sin embargo,

aquella vez que, después de tanto hablar de amor, conseguí que ella me dijese la dulce palabra, me pareció ¡ganar todo el tiempo perdido en mi vida!



LOS BICHITOS DE LUZ. ¡Pobre corazón, pero qué niño eres!

Vino una chica, menudita, graciosa, vivaz como un bichito de luz, y te prendaste de ella y pusiste el bichito de luz en tí (corazón todo sentimiento) como sobre una rosa de fuego... Y el bichito de luz brillaba sobre la rosa de fuego... pero le fué royendo los tiernos pétalos y la rosa se puso mustia...

¿Pero tú no sabes lo que comen esos bichitos de luz? ¿Por qué eres tan aficionado á ellos?



Ahora resulta, rosa de mi corazón, que,

porque te ves de nuevo un poco lozana, comienza á gustarte que vuelvan a tí los bichitos de luz... Y te rodean y vuelan y brillan como estrellas á tu alrededor... Y ya te entusiasmas otra vez y quieres prender alguno de ellos entre tus más delicados pétalos...

Pero qué simple eres, corazón...

¡Te digo que eres muy niño!

¿No sabes, tonto, los estragos que en tí, tierno y sentimental, hacen los bichitos de luz?



CELOS. — ¿En qué piensas?
—¿En qué he de pensar?

—Es que cuando estás á mi lado quiero que estés conmigo...

—¿Con quién he de estar? Cuando vengo, es que vengo...

—Yo, aunque no vengas, estoy contigo.

—Estás celosilla.

—Sí, porque tú te marchas y yo me quedo aquí.

—Pero me marcho y vuelvo.

—Ya lo sé: te marchas y vuelves, y yo siempre estoy aquí.



PRACTICAS LA TEORIA del momento; vivir las emociones y los afectos de cada momento.

Yo también: solamente que mi vida y mi afecto por tí, de pronto, se han estabilizado en un momento que se eterniza.



EL RIGOR AMOROSO de celos y desconfianzas lo calificaremos de tiránico y nos ofenderá...

La razonada condescendencia amorosa la tomaremos por indiferencia y será nuestra mortificación...

Queremos, para ser más fuertemente amados, que nos tengan celos... ¡pero que nos dejen libres!

Y queremos que el objeto de nuestro amor se esclavice á nosotros y que no nos dé celos.

Y queremos... ¡Ay, en amor, no sabemos lo que queremos!



NI SE RAZONA el amor, ni se define, ni tiene fecha, ni plazo...

El amor llega cuando quiere y cómo quiere y dura lo que quiere...

Inútil que llameis al amor, inútil que pretendáis retenerlo... ¡Déjadlo!

El amor es el Señor de la vida y hace siempre lo que le dá la gana.



OBSERVÉ QUE ella no sentía pasión por mí y que hacía grandes

esfuerzos por estar amorosa y complaciente conmigo... Y me puse triste y sentí por ella una amarga compasión...

Entonces comprendí lo absurdo que es pedir imperativamente que nos amen.



ELLA TIENE UNA cabecita pensadora llena de ideas libérrimas...

Pero, á mis requerimientos amorosos, apasionada como leona en celo, me dijo:

“¡Sí, pero yo sola!”



Y yo, que también tengo ideas libérrimas, me extasío con aquel arranque entrañable, tan poco pensado, ¡pero tan bellamente sentido!



SI ERES TAN MUJER que prefieres la admiración de tu belleza á la ad-

miración de tu talento, quiero reñirte. Mira: mujeres tan bonitas como tú se pasean á menudo por las calles; pero escasea mucho la mujer, como tú, hermosa de imaginación.



COMO ERES BONITA y joven y yo iba satisfecho á tu lado, creyeron entender mi vanidad... Y no es mi vanidad el que tú paseas conmigo por la calle, sino que me llevas en tu pensamiento cuando no te acompaño.



DESPUÉS DE AQUEL rompimiento doloroso (rompimiento de algo muy fino, del corazón) volvimos á hablarnos... Pero yo ya no me atrevía á tratarla «de tú», por no enojarla, (aunque el dulce «tú» se

me venía á los labios) y la trataba «de usted.»

Y, luego á mis solas, yo recordaba aquel «usted», suyo ó mío, y me dolía en la rotura mal compuesta de aquel algo muy fino de mi corazón.



PARA LA MUJER, más dulce que hablarle de amor, es que le digan bonita, aunque no lo sea.



REGÍA UNA PRECIOSA moda en lutos... ¡Oh, cuánto hubiese dado ella por ir de luto!... ¡Qué bonita hubiese estado!



LA ABERRACIÓN DE la Naturaleza es patente. La mujer no viene al

mundo á dar hijos; no hay tal inclinación femenina, sino al contrario. Si la mujer viene al mundo á alguna cosa, es á dar trabajo á los modistos.



EL NOVENTA Y nueve por ciento de los hombres que le faltan á su mujer con otra, siguen siendo buenos hombres de su casa, buenos esposos y buenos padres. En cambio, el noventa y nueve por ciento de las mujeres que le faltan á su marido, descuidan ó abandonan el hogar y el esposo y hasta los hijos.

Por eso, y por encima de la Ley, lo que en el hombre es un disculpable desliz, es en la mujer una grave falta.



REVENTANDO DE PENA. «No sé lo que me pasa: (me dice ella en una carta) siento dentro de mí una impaciencia

angustiosa, unos deseos de salir á la calle, y caminar sin rumbo. Me creo que con el bullicio de la calle se me pasaría esta impaciencia y que te encontraría en mi camino, y que tú sabrías quitarme esta angustia que me mata. Yo no duermo, paso la noche pensando cosas que me hacen sufrir, pienso si te cansarás de mí, si habrás encontrado una mujer que te guste ó te convenga más que yo... y si tendrás deseos de romper conmigo... No te ofendas porque te digo estas cosas, pero, si hay algo de ésto, desengáñame; y si todo es pura imaginación mía, compadécete de mí; mira que sufro mucho, tú sabes que no se puede llorar si no se siente verdadera pena y yo lloro horas y horas delante de tí y tú no vienes á consolarme... al contrario, me dices que á qué vienen esas lágrimas y que no hay motivo para llorar tanto, y entonces mi pena es mayor, pues me creo que tú no me quieres ó que te crees que yo no te quiero á ti, y, sin embargo, no hay en el

mundo otro hombre tan querido como tú. Es cierto que algunas veces quizás te mortifiquen mis dudas y celos; pero todo eso es exceso de cariño y que tengo miedo de mí misma, pues no me creo capaz de una abnegación tan grande: no podría sufrir el pensar que le hacías á otra mujer las caricias á que creo tener derecho yo sola.

Perdóname todas estas cosas que te digo, pero piensa lo que sufrirías tú si me vieras hablar con un hombre del que tú sintieras celos. Y como sé que hablaste con ella... Te voy á confesar una cosa: era feliz cuando tú mismo por tu boca me jurabas tu inocencia... Pero luego me atormentaba que tuvieras ese empeño en demostrar su inocencia, sabiendo que yo no le guardaba rencor ni la culpaba de nada. Eso ha venido á remover lo que ya estaba casi olvidado y he llegado á pensar si sería una resolución extrema y arriesgada para jurgarte el todo por el todo, y engañarme más. Te vuelvo á pedir perdón, de todo.

Tú sabes que nadie te quiere como yo te quiero, y que sería capaz de dejarme matar por tí, y que la persona que á tí te ofenda, me ofende á mí... Alguna vez podré demostrarte que es verdad lo que te digo... Tú sabes que muchas veces no se acierta á decir cuánto se siente... Lloro, reviento de pena y te digo estas cosas atropelladamente.



DESPUES QUE EN amor me reprochas, me pides perdón. ¿Y, por qué? ¿Hay nada tan tierno como ese reproche? Me dices que temes reprocharme sin fundamento.

¿Pero hay nada más dulce que el reproche amoroso sin fundamento?

Si en amor no me reprochases, sería cuando ¡quizás! tuvieses que pedirme perdón.

TANTO ME QUIERES que, en extremo celosa, no te fías de mí nada... ¡Triste concepto!... ¡Y me quieres!... Y me juzgas con una severidad de juez inflexible, de juez implacable... ¡Fuerte rigor!... ¡Y me quieres!... Y aun más que juez, eres fiscal sañudo, agravador de todo indicio y sospecha... ¡Extraño encono!... ¡Y me quieres!... Y al acusarme, te hieres á tí misma, y en el rastro y acoso del indicio y sospecha, acorralas tu tierno corazón con una jauría de fieros pensamientos, que te espantan y te muerden...

*

Tu favorable opinión, tu blanda manera, tu defensa calurosa para mi mala causa, serían más propias condiciones de tu cariño...—así te digo.

Y, hosca y desconfiada, me miras fijamente y mueves negativa tu cabeza... ¡Y me quieres!...

TENGO UNA HIJA mayor que me dice: «¿Pero en dónde te metes, papá, que no se te vé?»

Tengo una dulce amiga que exclama en son de reproche: «¡En dónde habrás estado!»

Tengo un amigo leal que suele amonestarme de este modo: «Nunca te encuentro... ¡qué perdido estás!»

Y mi madre me contempla deplorando mis ausencias largas y repite en un tono de lamento y conmiseración: «¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!»...

Y yo les digo á todos: «¿Cómo me amais? ¿No amais á los pájaros y los dejais libres volar por los cielos y cantar en las ramas?»



MUJER, TIENES por pareja un hombre excelente, manso, fidelísimo, que no sale nunca de casa y que está siem-

pre á tí pegadito... ¿Serás, por eso, más feliz?

Yo sé que entonces dirás:

«¡Jesús qué hombre, siempre aquí enzu-
rionado!... ¿Por qué no vás á dar un pa-
seito?»

Pero si el buen hombre se toma un po-
quito de libertad, tampoco, mujer, estarás
conforme.



DONDE HAY PASIÓN, no hay ra-
zonamiento posible.

No cabe duda que hay muchas mujeres
de talento, pero pocas que lo demuestren,
porque obran á impulsos de la pasión y no
del razonamiento.

Esto le sucede también á una gran ma-
yoría de hombres que proceden como las
mujeres.

Una mujer, un poco celosa, resulta en-
cantadora, exquisita... Pero, á nada que
exajere los celos, se torna molesta, inso-

portable.

En el hombre no caben celos pequeños, y así resulta, el hombre celoso, una verdadera calamidad.



LA MUJER TIENE recursos preciosos para combatir el temido alejamiento del hombre:

Hágale agradable el hogar, domestíquelo con mimos y golosinas como á un pajarito, y déjele de par en par abierta la puerta de la jáula...

La misma mujer, prisionera de temperamento, ama la sugestión voluntaria, pero no impuesta.



TODO MANJAR, Á diario, llega á cansarnos. Y así el amor.

Son bien rancias y sabidas verdades que la pasión nos hace olvidar.

¿Qué adelantaremos violentando al amor?
Absurdamente, al amor, es constante el

pedirle, el suplicarle, el rogarle... Trabajo inútil porque, si es amor, es todo dádiva y bondad y condescendencia...

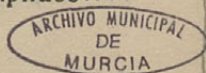
Lo que deberíamos pedir siempre al amor es que fuese, en lo posible, razonable, para llegar al amor-tolerancia, que es el más fino y culto amor.



ERA UNA INGLÉSITA que departía conmigo. El tema era el amor, el matrimonio, medios de que la pareja de hombre y mujer conserve la felicidad. Le habíamos dado vuelta á todo y concluyó diciendo la inglesa: «Para mí, que lo mejor sería, para conservar un acercamiento armónico y feliz, unirse por un afecto razonado y sin pasión amorosa. Toda pasión amorosa es destructora de amor».



SOLO YA ME promuebe mi amor el pensar que inspiro amor... ¡y tengo cincuenta y cinco años bien cumplidos!...



¿No es triste, á mi edad, esta ilusión de amor?... Y no tengo otra!



APESAR DE LOS años y de los decaimientos y de las decepciones, tratemos de amar siempre, si no con arrestos juveniles, con restos de juventud, porque el amor no solo es ventura (pese á cuanto nos hace sufrir) sino que es la propia vida en su exclusiva finalidad de divina reacción.

Viejos y todo, el amor nos demandará gallardía, frescura, virilidad y, en gracia al amor, haremos arrestos y trataremos de cuidarnos, de conservarnos, de remozarnos... Esto nos dará de norma: nuestra alimentación nutritiva y metódica, nuestra pulcritud en el vestir, nuestro baño diario, nuestro sano ejercicio al aire libre, á caballo, en juegos de sport ó regatas...

Y quiere decir, amigos míos, colegas en cabellos grises y blancos, que si este consejo nos os propicia muchas ni muy lucidas aventuras amorosas, porque la verdadera juventud todo lo atropella, os habrá servido, al menos, para que no os abandoneis en vuestras personas, cosa que habrá ganado vuestro cuerpo, y para que vivais más años la bella vida de las ilusiones, cosa que habrá ganado vuestro espíritu.



EL TIPO ESE!... El amor es un mal bicho: estropea muchas cosas.

Parece que en las relaciones, más ó menos galantes, entre hombres y mujeres, se impone la intervención de ese tipejo impertinente, apremiante, imprudente, que provoca constantemente situaciones difíciles, ridículas y casi siempre embarazosas... Y no debe ser.

¿Por qué no ir prescindiendo en nuestras relaciones, entre mujeres y hombres, de ese niño cargante? ¡Dichoso Amor!

Una niña, más bonita que un cielo, llora... Otra hermosa y buena como un angel, se desayuna con fósforos, para reventar de una vez... Un buen muchacho, todo cordura, se dispara de pronto haciendo versos, el infeliz loco de remate... Y á este paso no pararíamos de contar: Una chica que le pega un tiro á un chico... Un chico que se lo pega á una chica... Y el abismo y la desesperación y el precipicio... Y cartas van y cartas vienen, llevando los pobres carteros en sus manos, sin saberlo, venenos, puñaladas y bombas cargadas de ácido prúsico, y enardecedores vientos cálidos del Trópico, ó de los Polos fríos glaciales... ¡Pues caramba! ¡Pobres carteros inocentes sin saber que llevan en sus manos el mal y la pena y la duda y el tormento!

¿Y quién tiene la culpa de todo?

¡Quién la ha de tener.

Ese dichoso niño cargánte que se llama Amor.

Por eso, lo mejor, amiguitas mías, es que prescindamos de él en nuestras relaciones de hombres y mujeres.

Vereis como, prescindiendo de ese tipajo, nuestra amistad es amistad y nuestro cariño, cariño.

Y prescindiendo del amor, seremos leales, buenos, generosos, tolerantes y no nos peharemos por exceso de amor, como se pelean casi todos los amantes... ¡Pavos! El querer, debe ser querer á toda costa, sin hacerle caso al Amor... ¡El tipo ese!



PESE A TODO, te sigo queriendo. Te devuelvo tus cartas porque me las pides y porque soy feliz complaciéndote. No las destruyas: están perfumadas de suspiros, embalsamadas de lágrimas... en sus

páginas has recogido la luz de los cielos y el misterio solemne é inquietante de las sugerentes estrellas, tus hadas-madrinas... No destruyas esas cartas: tu vida ya muerta (pasada) la tienes en ellas viva; cuando en esta muerte de vivir, tediosa ó prosaica, no te encuentres, búscate en ellas... Cuando pasen los años, encontrarás en ellas un momento radiante de tu juventud, como un grano de oro... Y cuando mueras, si no las destruyes, en ellas quedarás viva... ¡aquel granito de oro en las pobres arenas de este río del vivir!...



PEDAZOS DE CARTAS. Espíritus como el tuyo y el mío nunca debían haber cambiado palabras... Es la palabra muy torpe para expresar la delicadeza de algunos sentimientos...

La equivocada interpretación de una fra-

se puede hacer que se derrumbe todo un cielo...

Es triste perder un cariño... ¡muy triste!... pero es tristísimo perderlo porque una frase en la que habeis querido poner lo más delicado, lo más tierno, haya sido interpretada como una impertinencia...

*

Más triste que la torcida interpretación de una frase, es la torcida interpretación de nuestros sentimientos...

*

En un día lo he perdido todo...

Sí, todo! Tu efecto ha borrado, en mí, afectos y huellas de afectos... Por decreto misterioso de quien todo lo rige, yo no tenía ya, pasionalmente, otro afecto que el tuyo... Y éste me lo quitas ó me lo quitan... ¡Qué solo me ví ayer tarde cuando me dijiste: «Todo ha concluido.»

Si tuviera la triste convicción de que tú

tampoco me habías comprendido ¡qué pena horrible!

Vivir solos en el mundo es espantoso; ¡y esto es vivir sin que nos comprendan!

*

Y este cariño me sigue royendo el corazón...

Si tú no me has de querer, ¡cuanto bien sentiría—en verdad—pudiendo olvidarte!... Pero no puedo: no es para mí tu cariño una cosita que se agarra y se tira á la calle.

¿Por qué le estorban á mi espíritu este inefable estado de divinización? Es, para mí, quererte, glorificar mi vida.

Soy feliz cuando te quiero plácidamente, pensando que, si no me correspondes apasionada, al menos me estimas... ¡Y en qué cosas tan bellas se traduce la felicidad! ¿La belleza del universo no es, acaso, la flora-

ción de la armonía y de la felicidad supremas?

✽

Porque la felicidad también es armonía...
¡Oh dulce armonía de los seres y de las cosas!...

Y la felicidad es fecunda.

Y la felicidad es norte de bondad...

Cuando te quiero soy artista...

Cuando te quiero soy fecundo en obras...

Cuando te quiero soy bueno...

✽

Prodigios de la felicidad: estas páginas luminosas vienen de que ayer todos fuisteis bondadosos conmigo...

¿Acaso yo en el mundo soy nada más que un pobre hambriento de cariños?

Y tú has sido muy generosa con este pobre... ¡No extrañes que te quiera!

*

La felicidad florece en la intimidad, en el recogimiento, en la evocación...

Yo, ayer, era un poco feliz... Era feliz, pero tenía momentos de inquietud... ¡Porque en la casa de los pobres dura poco la alegría!...

Era feliz evocándote:

Me habías acogido como si aquel triste «Todo ha concluido» lo hubieses borrado... Habías tomado de mis manos mi cartita, como se recibe una paloma mensajera... y con mimo la escondiste como en un nido... Luego yo te dije: «¿Estás bien?» y me contestaste bajito: «Sí.»

Era á tu alma á quien le preguntó la mía, y quiero hacerme la ilusión de que me respondía tu alma...

Y, cuando me despedí, me dijiste adiós deseándome que pasara buena tarde... y

me dijiste adiós, tú, la última, siguiéndome con tu mirada... ¡Y tu mirada estuvo conmigo toda la tarde!

*

Eres, para mí, en el polvo del suelo, un brillantito que se denuncia resplandeciente...

Eres una lucecita remota en una noche oscura...

Eres la sonrisa fugaz en el rostro de un hermoso niño de pocos meses...

De tí me queda siempre, más que un recuerdo exterior, una sensación espiritual...

Sin embargo, ayer me quedó, de tí, como el recuerdo de una fina estampa: tu trajecito gris de exquisita sencillez adornado con franjas de terciopelo... tu sombrerito de fieltro de pluma... ¡y tu carita pálida!... ¡Porque te encontré pálida y con huellas en tus ojos ¡míos!, de penitas y emociones hondas!... Pero, acaso, las penas y las emo-

ciones iban en mí, y yo te las reflejaba... Porque, á la vez, te encontré animosa y decidida en tu debilidad, y alentadora de mi espíritu, y entonces fué cuando me pareciste: diamante resplandeciente en el polvo del suelo... — lucecita de esperanza en la oscura noche... — sonrisa fugaz en el rostro de un niño...



SE MATAN MÁS hombres por mujeres, que mujeres por hombres.



QUÉ GUARDAS para los que te tratan mal, si me trataste mal porque te quise y porque publiqué mi cariño á los cuatro vientos.?

Sin embargo, no es que me extraña tal

contrasentido, pues yo te sigo queriendo por eso: ¡porque me trataste mal!



TIENES RAZÓN SI me condenas y me castigas por torpe.

¡Te he querido tanto, que ha sido, mi cariño por tí, una continuada é incorregible torpeza!



DISFRACES DEL AMOR. Es frecuente que nos engañemos nosotros mismos.

El amor, cuando las circunstancias lo aconsejan, toma caprichosas trazas:

la admiración

la compasión

la amistad

lo fraternal

lo paternal

lo filial

lo místico

Son infinitos los casos de los que creyeron amarse como hermanos, como amigos, como madre é hijo, como hija y padre...

Contribuyen mucho á estos engaños, los impedimentos de edad y estado, el temor á aceptar abiertamente las violencias trastornadoras y, sobre todo, lo que más nos engaña á nosotros mismos, á todos, es ver que el amor que sentimos es puro y desinteresado, renunciador de posiciones y de carnales deseos... Pero es amor, ¡más amor cuanto más puro!



OH, INGRATA, OH, pérfida, oh, veleidosa!... Ha pasado indiferente fría... La detesto, no olvidaré ésto nunca...

—Cambian los días, se deshojan las flores, pierden su jugo las frutas, se apagan en el cielo las estrellas...

—Ella me juraba eterno amor, y su amor duró solo un momento.

—La eternidad no se mide con la medida de las horas... Hay momentos que son eternidad... No negarás que te quiso, que te hizo venturoso muchas veces... Su mirada y su sonrisa te ilusionaron, te sensibilizaron... Le debes á ella la espiritualidad, la inspiración y la gloria...

—¡Ingrata, ingrata! Quiero olvidar todo eso: Ahora quiero saber tan solo que me ha herido... ¡no olvidaré esto nunca!

*

¿Y por qué del amor, como de la más preciosa fruta, no hemos de conservar, con preferencia, el exquisito recuerdo de lo dulce, de lo bello y de lo perfumado, desechando y echando al olvido la aspereza y amargor de la mísera cáscara?

*

Herido y despechado porque tu inclinación cambie, no quiero, mujer, que me arrastre la ciega propensión á las injustas

recriminaciones... Víctimas de nuestras propia naturaleza, ¿qué culpa tenemos de nada, qué sabemos de nada? ...Herido y despechado, quiero recordar, para consolarme, lo dulce, lo bello, lo perfumado de tu amor...

No cabe duda, mujer, que me amaste un momento, que tuviste la ilusión de mi amor un momento, que te desvaneciste de dicha en mis brazos vibrando en la vida un momento y siendo, en nuestro mundo, nuestros séres, átomos ó astros luminosos de un momento...

¿Y qué más queríamos y qué más podrá ser?

¿No son quizás, en la vida del universo, un fugaz momento de divino desvanecimiento amoroso la fruta, la flor, la estrella?



SI HEMOS DE DUDAR constantemente del amor, mejor es que renunciemos al amor.

Es penoso preguntar siempre: «¿Me amarás?».

Es dulce pensar: «Me ama».

Es de una melancolía exquisita ponernos á recordar que fuimos amados.



NUNCA TE HE NEGADO nada: no sé si ha sido porque tú sabes pedir ó porque yo sé conceder.



ERES TAN BUENA que eres toda bondad, ó eres tan sabia que sabes ser siempre bondadosa.



SI TE DÁS CONSCIENTE, ¡qué mayor ventura!...

Si te dás inconsciente, ¡qué mayor consciencia que la de tu ser dándose todo enterol

EL SENTIMIENTO reflexivo es un delicado néctar que lo que pierde en dulzor y en esencia madre, al ser alambicado, lo gana en transparencia y limpidez.

El sentimiento impulsivo es la maceración divina del corazón, que conserva íntegro el jugo quemante de las embriagadoras ambrosías.



TRANSACCIÓN. No quiero ganarte con esto... ¡pero no te quiero perder por nada!



EL INTERÉS Y LA PRUDENCIA. Si lo mismo que una mariposa, pudiésemos retener la felicidad y clavarla con un alfiler... ¡¿Pero no mataríamos la felicidad?!

CAMBALACHERO. ¡Pobre amor! Es oro de pura ley... oro de mi corazón... No es interesado y vil como el oro del avaro...

Yo no soy avaro y cambio mi pobre amor, mi amor de oro, por una buena amistad de plata... ¡¿Quién lo quiere?!



MIEDO AL AMOR. Y dijo asustada: «Yo había soñado con un amor igual al que tengo por las flores y por todo el encanto de la naturaleza...

Y como no lo hallaba, yo había renunciado al amor. . .

Y fué cuando tú me enseñaste un nuevo amor ¡tan bello!... ¡tan extraño!...

Pero aquel instante fué muy intenso, y en la misma forma no podría continuar... Sería lo mismo que esas bebidas alcohólicas que dán vida unos momentos, ¡pero que, al fin, matan!»

SONREIRLE AL AMOR. El amor es una mariposa de gusto exquisito y vá á las rosas que, entreabiertas, le sonrien y le brindan sus besos perfumados...

¿Cómo querías que á tí llegase la mariposa del amor, si no te inclinaste lánguidamente como la rosa en su tallo y, en cambio, le frunciste tu boquita negándole tu sonrisa y el perfume de tus besos?



VIBREMOS. No deploremos nada de lo sucedido: todo era necesario para nuestra vida y para nuestra obra.

Desde que han chocado nuestros sentimientos y nuestras ideas, nuestra vida está llena de emoción, de sensibilidad, de expectación...

Y nada hay más excelso que vivir, así, en una vibración inacabable...

ARMAS. En toda lucha, el objeto no es herir, sino vencer.

Para luchar se emplean y aconsejan armas terribles y muy conocidas.

Veteranos de esta guerra interminable de la vida, nosotros hemos encontrado un arma nueva que lleva indefectiblemente al triunfo.

Esta arma es la bondad.

Templémosla en la convicción de que toda violencia es inútil.

Existe una sola fecunda y soberana violencia: la eternamente desconocida que lo promueve todo.

*

Luchemos con el arma de la bondad: cedamos, transijamos, toleremos, amemos...

Y cuando nuestro adversario ya nos tenga humillados y vencidos en tierra, aun esperando que estemos, sonríámosle... ¡Y entonces, no nos habrá vencido!

EL CIEGO APASIONAMIENTO. Tan ciego, que le he visto tomar la ternura y el celo amoroso, por infame asechanza...

Tan ciego, que le he visto disculpar la ofensa y acariciar la mano que le ha herido...

Tan ciego, que le he visto abominar de lo que adora...

Tan ciego, que le he visto llorar la abominación de que era objeto, porque no la merecía y hubiera querido merecerla para no llorarla.



DOLOR DE LA INOCENCIA. Yo quisiera convencerme de que soy culpable... ¡ah, porque, así, no sentiría el inconsolable dolor de la injusticia!



EN EL GÓLGOTA. ¿Erró su afecto? ¿No vino á redimirnos y provocó los

odios, las persecuciones, los martirios?

Su amor arrancó lágrimas, protestas, maldiciones...

Su religión de concordia trajo iracundas controversias...

Su palabra-luz hizo enceguecer las mentes...

Y los amados por él, aquellos que él quería redimir, lo inculparon, lo abatieron, echaron la cruz sobre sus hombros y le señalaron su camino, que era el Calvario...

Y su martirio lo completó aquel ignominioso *Inri* escarneciendo la obra, el sentimiento y la intención noble...

*

Dime, Dios mío:

¿Cave el yerro en aquel tu divino amor?

*

«¡Perdónalos!» creemos que dijo en su

agonía el Crucificado...

¿No lo entenderíamos mal y acaso diría, arrepentido de su yerro, «¡Perdóname!»?



TRATEMOS DE PASAR sin violencia hasta por enmedio de la misma violencia.



TODO ES LÓGICO: se trata de adaptabilidad.



LA TRIBULACIÓN LITERARIA. Desde que me has metido en literaturas, coso muy poco: tenía que coser una blusita para el nene y una camiseta... ¡pues ayer, metida á literata, no cosí nada.

*

Me dices que te escriba cosas de amor... y no se me ocurre nada... ¿sabes lo que

se me ocurre? Que tendríamos que pelearnos para que, reventando mi corazón, yo pudiera decirte muchas cosas.



OH, EL CARÁCTER! Dijiste:
«Yo sé erguirme y despreciar, y sé castigar severamente... No torcerán mi gesto altivo, no humillarán mi frente, ni será abatida mi arrogancia... ¡Sabré tener carácter!»

Si eso es carácter, yo te haré la gracia del poco que á mí me resta y serás reina... ¡pero no en mi alma!

En mi alma reina la melancolía de los humillados y de los débiles, todo bondad y amor y mansédumbre...

En mi alma reina la sonrisa triste de los que saben que el carácter es una caña hueca empuñada como lanza para ir contra el

fatalismo invencible é impenetrable de las cosas.



L O QUE BUSCO. No se trata de buenos, ni de malos, ni de razonables... Se trata de que armonicemos...

Y voy, por eso, por el mundo, buscando miradas tristes, miradas doloridas...



M E PREGUNTAS POR QUÉ. No sé por qué te quiero.

¿Pero es que se razona el cariño?

Mira: Todavía no sé bien si tus ojos son verdes ó azules... ni si eres buena, ni si eres mala...

Solo sé una cosa: que, si el cariño se razonara, yo te aborrecería... Y ya ves: ¡yo te quiero!

MI AMOR, ¿ERES DESEO Ó ERES IDEALIDAD? Esta sed de amar, que creo sublime, acaso no es más que el deseo que me enciende...

Pero no me inculpes, alma mía, porque eres tú mi cómplice... ¿Quién sino tú, soñadora, dió á mi deseo forma sublime?

¡Y tan sublime que cuajó en flor de idealidad lo que hoy posiblemente ya sería una divina flor humana!... por decreto del genio superior de la especie, según Schopenhauer.

Y al pensar ésto, alma mía, ¿no suspiras por la divina flor? Yo, alma mía, ¡á qué engañarte!... ¡yo sueño y suspiro!



EL AMOR DE LOS AMORES. ¡Oh, fuente de lágrimas: es en tí donde nace el amor de los amores!

En amor ha traído las penas el imperati-

vo ó suplicante «¡ámame!»

No imponga amor, el amor, sino busque amor y sea su dulce invocación el «¿Me amas?»

No podemos crear gérmenes.

El amor es el germen único.

No podemos crear amor: podemos cultivarlo y acrecentarlo.

Para cultivar el amor, no hay como la blandura del sentimiento y la ternura de las lágrimas.

Y cultivando el amor en su variedad más fina, *amor puro*, si no vamos á las fecundas sordideces de la carne, iremos á las fecundas generosidades del espíritu, y llegaremos al amor desinteresado y sereno en que cabe todo amor... ¡Oh, amor de los amores!



QUÉ ADORO EN TÍ? Como no eras deslumbradora, me pregunta-

ron «qué era lo que yo adoraba en tí.»

Y yo me quedé perplejo, sin saber «qué» contestar...

Pero comprendí que mi amor por tí era tan grande como inexplicable ¡y lo celebré!



PUSE MI AMOR sublime al alcance de tu mano... ¿Perdió por eso la sublimidad?

Cuando me acerqué á tí, no me pareció que yo descendía... ¡sino que tú te elevabas!



SUELE DECIRSE que se ama una sola vez en la vida.

Sí, porque amamos siempre.

No cambia nuestro amor, sino el objeto de nuestro amor.

¿Cuándo no hemos amado?

Podrá nuestro amor andar vacilante, y

hasta sentiremos la desesperanza de hallar el objeto de nuestro amor; pero amamos...

Amamos siempre.

Y amaremos en la juventud y en toda edad...

Y amaremos lo vivo y lo muerto y lo imposible.



PIENSO QUE AQUELLO es... pero ya no es, cuando es...



NO BUSCO AMOR, ni busco nada... Busco una coincidencia.



ME HAS HABLADO para enamorarme y me lo has dicho todo... ¡en un largo beso sin palabras!

TE ENCUENTRO EN la calle, te detengo, y quiero remover aquellas cosas tan del alma...

Tú, entonces, me interrumpes: «¿A qué hablar de esas cosas?... Déjese usted ya «aquello»...» Y me lo dices con un gesto de sacudir una nube celeste, que ha pasado rozándote el corazón...

Y yo te considero así, en la calle, pegada al suelo, y veo que, aunque te detengo para hablarte, no es contigo con quien yo quiero hablar, sino con tu corazón enredado en una nube celeste...



E L POBRE NEGOCIANTE DE AMOR.

Como en tu casa no me querían, como tú tampoco me querías, y como yo pensaba siempre que tú eras buena, «pensé lo que pensé», y abandoné mi posición, mi fortuna, mi hogar confortable con su jardín,

y la consideración de la gente y mi fama y mi gloria...

Lo abandoné todo porque lo quería todo para tí... ¡y para qué lo quería yo, si tú no lo querías!

Sí, lo abandoné todo; mejor dicho, lo di todo, á cambio de poder verte todos los días y de la esperanza de merecer, siquiera, una mirada tuya de compasión... Porque yo seguía pensando y creyendo que tú, á pesar de todo, eras muy buena.

Entonces fué cuando, con un cajoncito miserable, me puse, frente á tu misma casa, á vender fósforos y cigarrillos... Las personas de tu familia, al verme, se rieron y se burlaron; tú al verme, te pusiste seria y desapareciste en seguida. Al día siguiente saliste á la calle con tu hermana; ella dijo: «¡Qué ocurrencia!» Tú callaste y casi tropezabas, por no levantar tus ojos á mí. Yo era feliz viéndote... ¡Ah, si te cambiabas de casa, yo me situaría también en tu esquina, y si te marchabas á otra ciudad, tam-

bién me marcharía yo. Yo no te pedía nada, yo no quería molestarte, yo solo quería verte...

Tu familia creyó que por mi parte se trataba de una broma grotesca; pero tú no lo tomaste á broma, porque era el caso que pasaban días y días y yo continuaba en tu esquina vendiendo cigarrillos y fósforos. Por cierto que mi negocio era bien mezquino, pues, como no me movía de tu esquina, era poca la venta. Pero cuando yo era rico, yo no podía verte, por no pararme en tu esquina todo el día, haciendo el ridículo; y, ahora, no solo no cabía en mí tal ridículo, porque yo era un pobre desgraciado, sino que era rico de verte á todas horas... ¡y ese era mi negocio!

Ante mi persistencia, tú, un día que saliste sola á tu puerta, me miraste entre seria y triste, pareciendo decirme con tu mirada: «¿A qué tales extremos? ¡basta ya!» Yo no quise comprenderte y te miré como si no fuera yo. Y es lo gracioso, que tu

familia comenzó á cansarse de burlarse y de reirse de mí y que ya me miraban como si yo hubiese sido toda la vida el habitual vendedor de cigarrillos y fósforos.

Como yo atendía más á mirarte, que al negocio, era, según he dicho, mezquina la venta y tuve que sufrir las consecuencias naturales de los malos negocios: pobreza, hambre y frío...

Pero yo apenas si me daba cuenta de tales calamidades, porque coincidieron precisamente con la actitud de piedad, que respecto de mí, en tí se iba operando. No parecía sinó, que llevabas la contabilidad de mi venta de cajetillas y de mi exigua ganancia, calculando también, como consecuencia de ello, mi pobreza y abandono. Desde luego tú viste que mi resolución no era una comedia mía. Una de tus hermanas dijo un día mirándome: «Está loco.»

Así las cosas, llegaron los terribles fríos del invierno. Yo te veía poco: solamente á la salida y á la vuelta, cuando ibas á la

calle. Como hacía mucho frío, estaban cerradas las puertas y ventanas de tu casa... ¿Me verías desde adentro?

Un día yo no vendí nada y me faltaron los céntimos necesarios para el panecillo que solía comerme; pero ni me dí cuenta, porque, desde medio día, era feliz: yo no había vendido nada; pero tú habías quitado nerviosamente con tu mano el paño de los cristales de tu ventana y me habías mirado llena de compasión: era un día horrible de frío y de llovizna... No solo me miraste llena de compasión, sino que me hiciste señas... Acaso me indicabas que me retirase de la terrible esquina, en aquel día cruel... ¡Ahí es nada! Yo no sentía frío, la esquina era el cielo, y aquel día era el más feliz de mi vida.

Y, á consecuencia del frío y del hambre, me sentí desvanecer; pero yo no pensé, entonces, que mi desvanecimiento fuese de hambre y de frío, sino de felicidad, porque nunca había sido tan feliz.

Y debió ser en aquel momento cuando dicen que me vieron desfallecer y que tú llegaste hasta mí, toda temblorosa y emocionada, sosteniéndome en tus brazos.

Cuando reaccioné un poco, te ví á mi lado con tus ojos, arrasados de lágrimas, clavados en mi cara pálida y dolorida...

Detrás de tí había salido tu hermana y mirándonos, á tí y á mí, dura y severamente, te dijo:

—¿Qué vas hacer?

Tú la miraste también severamente y no le respondiste. Luego me llevaste al interior de la casa, me hiciste sentar, y me pusiste una piel para que mis piés estuviesen calientes, y abrigando mis piernas con una manta, trajiste una taza humeante ayudándome á beber y, finalmente, te arrodillaste á mis plantas para darme calor, abrazándote á mí como una Magdalena...

Y tu hermana volvió á mirarte indignada; tú no le hiciste caso; yo me sentí revivir...

Tu hermana dijo:

—En mi casa ese hombre está demás.

Entonces tú te levantaste resuelta, te echaste un chal sobre los hombros, te cogiste á mi brazo y salimos de la casa.

Ya habia oscurecido, hacía una noche horrible de frío y de lluvia; pero tu debilidad y tu ternura me dieron fortaleza.

Y buscamos un albergue y comimos un pedazo de pan y fuimos felices.



AY DE LOS ENVIDIADOS! Habíamos pasado un delicioso día de campo, estuvieron con nosotros el sol espléndido, el cielo azul, los árboles con su sombra amable, las aguas rientes, los pájaros, las flores... Y también vinieron y nos hicieron encantadora compañía la Cordialidad, la Alegría y la Felicidad...

Luego, en una bella noche de luna, vol-



víamos todos muy dichosos y contentos porque la felicidad estuvo tan discreta y comedida que no dió su preferencia á nadie.

*

El caso vulgar de la envidia es el deseo de quitar á otros su bien para hacerlo nuestro. Pero eso no es la envidia, ni es la «tristeza del bien ageno». El aspecto genuino de la envidia es el ansia perversa de destruir el bien ageno, sin desearlo. El envidioso odia el bien ageno, sin quererlo para sí... ¡odia el bien! Y no es la envidia, como ha venido definiéndose, «tristeza del bien ageno», sino «rabia del bien ageno».

*

La asechanza de la envidia no temerla del enemigo declarado, sino del amigo dul-

zón y complaciente y pegadizo...

*

La mujer envidiosa no desea nuestro amor; lo que desea es que aquella otra que habeis preferido vea su amor hecho añicos... La mujer envidiosa desea una carta vuestra en que le declareis vuestro amor con las más apasionadas frases; pero aquellas frases no las desea para ella, sino para la rival: para enseñárselas y matarle con ellas toda ilusión y esperanza...

*

Los envidiosos, haciendo oficios de mediadores, son terribles: destruyen impunemente la armonía y la dicha de los demás, llevando y trayendo embustes.

*

Estudiemos á los envidiosos y ocultemos á sus miradas el tesoro de nuestra felicidad.

A L AMOR DE LA LUMBRE.

Junto á la alegre lumbre
estos días de invierno,
junto á la alegre lumbre
es el amor más bueno.

El amor y la lumbre
son hermanos gemelos,
porque es amor la lumbre
como el amor es fuego...

Al amor de la lumbre
yo te sueño...
Al amor de la lumbre
yo te acaricio y quiero...

¿Has oído esa canción, amiga mía?
Tu espíritu es muy sensible y delicado:
siente mucho el frío y la tristeza... Cuf-

dalo, acarícialo, abrígalo... Y lo mismo á tu cuerpo, estuche fino de tu espíritu...

Eres muy friolera, criatura, y debe de gustarte el fuego...

¿No sabes que á mí me gusta mucho el fuego? Y yo no soy friolero; pero en esos días tristes, nebulosos, destemplados, para mí, es un placer de los dioses la bien encendida chimenea, y dejo tostarse mi alma lo mismo que mi cuerpo, contemplando en éxtasis las encendidas brasas, con mis manos extendidas en actitud de ferviente adoración... ¡Oh! yo me como la lumbre! (1).

*

¡Qué triste es el frío.

Al invierno le llamó Victor Hugo «el verdugo de los pobres»!

(1) Frase de mi país: Gustarle á uno mucho el fuego y arrimarse mucho á él.

Pero el frío no es solo triste para los pobres de bienes corporales. En cuerpos de pobres ó de ricos, hay muchos espíritus desabrigoados y tristes que ateridos tiemblan. Y á estos espíritus yo les recomiendo el fuego sagrado de una alegre chimenea.

Y allí, al divino amor de la lumbre, rodéense de frescas flores y de saludables libros, dando cálido confortamiento á su cuerpo en la brasa, y á su espíritu en la llama del ensueño...

En el invierno yo soy feliz frente á un buen fuego: allí la idea es fluida, dulce la emoción y el verso delicado...

Mi deleite es una fina conversación junto al fuego, y la taza humeante y las notas delicadas de un instrumento...

¡Y qué delicioso el amor, al amor de la lumbre! Todo amor: el amor de la familia, el amor de los amantes...

En los días tristes el fuego es la alegría; y yo recomiendo, mujeres sensibles, á vuestros espíritus tristes y á vuestros

cuerpecitos encojidos, el consuelo de la lumbre.

El sol, alegría de los pobres, es la más divina lumbre: salir á caldearos en él. Y en vuestra casa, humilde ó rica, tener el sol como un gracioso don de los cielos y recibirlo con júbilo... ¡Oh, qué bien se escribe y se lee y se trabaja en todo, acariados, en los inviernos tristes, por un piadoso rayo de sol!

Es más triste que el frío de los ateridos cuerpos, el frío de los espíritus.

Espíritus tristes, en esta melancolía del invierno, os brindo mi cálida amistad, en los abrigados amparos del jardín, al rayito de sol, y frente á la alegre chimenea, al amor de la lumbre.



EN EL PRETORIO. (Postrera carta de amor).

Ya sé, ya sé, que tienes que plegarte a

los tuyos... Sin embargo, los tuyos no son de tí, sino tú de ellos... Al revés de mí, que te pertenezco en cuerpo y alma, ¡y tú no me consideras tuyo!

*

Y tú, piadosa, te has ido al bando de unas gentes que padecen del más extraño modo: padecen de la felicidad ajena.

Bien veo que practicas la más alta piedad, pero te pierdes en elevación...

Alta piedad es considerar desgraciados á los malos.

Pero tú rebasas el humano sentimiento y eres tan piadosa con los malos que, en su favor, condenas á los buenos.

*

Temo, á veces, por ésto, no sólo verte en el bando de mis contrarios, sino que en silencio me contemples á mí, Ecce-Homo,

ante el furor desatado de los que no pueden soportar el dulce reproche de un corazón sin odio.

*

Y me resigno á la amargura de que, cuando me acusen, no protestarás... y de que, cuando me condenen, no me defenderás...

Oh, pero yo sé bien, y esa será mi gloria, que cuando te interroguen para que me inculpes, tendrás que decir, para no caer en impostura: «Su delito ha sido quererme demasiado».



EL BESO. ¿Es malo besarse no siendo novios?

—Nunca es malo besar.

Amamos, besando y abrazando entrañablemente, á los hijos, á los padres, á los hermanos, á los héroes, á los genios y á las imágenes santas... Vemos á los gran-

des místicos abrazando y besando, desvanecidos, el desnudo cuerpo de Cristo...

El beso vela y purifica lo más grosero del amor...

El éxtasis del beso es la divinización de todo amor...

El beso y el abrazo no son aproximaciones carnales...

El amor sin acto carnal puede existir; pero la efusión del beso y del abrazo es la ideal exaltación en los amores más puros y en las almas más puras...

Sin el beso efusivo, sin el abrazo entrañable, ¿podemos amar?



EL JUEGO DEL AMOR. El hombre quiere gozar del amor ilícito, pero son pocos los hombres que abandonarían su hogar y su mujer, por otra mujer.

La mujer es más pura (ó más loca) en el amor ilícito, porque, la mayoría de las veces, abandonaría á su marido y su hogar y hasta sus hijos, por otro hombre.

*

En el amor ilícito, el hombre se juega poco, si se compara con la mujer, que se lo juega todo.

*

Un hombre mujeriego puede conservar incólume y firme su hogar; pero una mujer dada á los amoríos y devaneos, hundirá á su hogar y arrastrará los hijos á la perdición... ¡sobre todo las hijas!

*

Hay mujeres que con una saña justiciera quieren enterarse de las faltas de su marido, para vengarse. Pero muchas mujeres, en realidad, no es que quieren vengarse, sino que se inclinan también al extravío y

buscan la justificación.

✽

La mujer buena y honrada y de talento no suele prestar oídos á denuncias de faltas del esposo, y, menos, á denuncias hechas por hombres que, para vencer en amor, se valen de estas nobles armas.

✽

La primera oportunidad de ser cortejada por otro hombre, es la que debe evitar toda buena esposa bien dispuesta a serle fiel a su marido; porque el juego del primer galanteo puede despertar al verdadero enemigo que va escondido en todos nosotros y que es el temible. Este enemigo duerme en la carne, en el corazón y en el pensamiento, y solo trata de abrir, en nosotros, la puerta a la aberración y a la fantasía y a la locura...

✽

La mujer de buen juicio no debe, confiada en su honradez, desafiar al amor: debe temerlo.

Ni, menos, debe jugar con el amor toda mujer prudente. El amor es el jugador más fullero del mundo y la mujer lleva siempre las de perder.

La mujer puede salir ganando solamente en una partida de amor de esposa honrada, obligando con su juego irreprochable á que su esposo también juegue limpio.



DE LOS ENCANTOS Y DESEN-
CANTOS. No el amor, sino la va-
nidad es la perdición de la mujer.

*

La mayoría de las mujeres que se perdieron, no fué por un gran amor, sino por una loca vanidad.

*

El enemigo de la mujer no es el hombre,

sino la mujer.

*

Toda mujer es siempre rival de toda mujer, aunque se desconozcan, aunque no se traten: son rivales en cuanto se han visto y la pasión que siempre las enciende es la vanidad... Y por muy amigas que aparezcan, son rivales. Con frecuencia, una gran intimidad entre dos mujeres encubre una implacable rivalidad.

*

La mujer con la mujer, siempre en guardia y prontas las armas, libra un permanente duelo.

En este duelo, el triunfo de la mujer estriba en conseguir que la rival elija armas viles; porque si una mujer elije con decisión, por armas, la dignidad y el decoro, su rival está vencida.

La pasión de la vanidad, como se mani-

fiesta más en la mujer, es en el afán de embellecerse y de aparecer siempre bella. En esta pasión de belleza, llega á lo grotesco, á lo absurdo y á lo ridículo. Muchas mujeres descuidan el aseo, pero no el ponerse polvos y colorete... Se echan encima un vestido chillón y no se bañan y llevan ropas sucias interiores... Las hay que el olor a sudor quieren disimularlo llenándose de perfumes...

*

Este afán de aparecer bella y de llamar la atención, es lo que más perjudica á la mujer. La mujer llamativa es objeto de todas las miradas, y no esperan los que la miran descubrir en ella la virtud, sino el flaco, la debilidad, la inclinación liviana, para hacer de ella la víctima, y no se darán por contentos hasta verla caída y arrasada...

La mujer quiere ser muy mirada, quiere ser blanco de todas las miradas y, efecti-

vamente, por esta debilidad, se hace blanco de armas peligrosas y mortales...

*

La mujer cortejada siente, casi siempre, más que el goce del amor, el orgullo satisfecho por el éxito de sus hechizos.

La mayoría de las veces, la mujer acepta galanteos, no por propensión amorosa, sino halagada porque cree en el efecto de su belleza... que es su tonta vanidad y su debilidad. Y en las redes de su vanidad, que es su debilidad, suele caer enredada.

*

Y es tal esta debilidad, que la mujer más pura y honesta sufrirá si sabe que el hombre la ama por su talento, por su bondad, por su delicadeza, y no por sus encantos...

Este será el eterno flaco femenino: que la mujer no se preocupa de ser talentada,

séria en el buen sentido, laboriosa, sencilla, honesta, cautivando y conquistando con estos medios, sino que lo que quiere y pretende siempre es tener encantos y encantar.

Y en lo que la mujer estima como sus más preciados encantos, es en lo que el hombre fino y sentimental halla su desencanto.

*

LA HUMANIDAD femenina es mucho más numerosa que la masculina, y es muy nefasto para la Humanidad que todas las mujeres (y aun muchos hombres) piensen y se dediquen sólo y exclusivamente al cultivo... del palmito.

Hasta que no abandone la mujer (ó se haga á la fuerza que la abandone) esa idiotéz de estar entregada todo el santo día al palmito, no se arreglará la vida.

Lo más estúpido es tener la idea de que es imprescindible para el amor toda esa

necedad de perifollos, tacos altos, tintorería de tocador y aguas de malos olores.



TE TORNAS ALTIVA y soberbia para dominarme y ejercer tiránica tu imperio sobre mí... Olvidas que sólo dejo que me humillen y esclavicen los débiles y humildes, y que sólo á condición de ser una pobrecita, serás *reina*... de mi corazón.



MUCHAS MUJERES buscan en el matrimonio la franquicia y el editor responsable.



POSIBLEMENTE NO hay una mujer (ni la hubo) que á un hombre que la adora y al cual ella no quiere, lo trate, siquiera, con bondad. ¡Quiál! Lo más suave

que os dirá de ese hombre es «que no lo puede ver.» «¡Qué aborrecido!» «¡Qué odio-so!» «¡Qué mentecato!» Es lo corriente. Y se mofará del hombre que la adora y lo hará blanco de burlas crueles.



CUANDO TU mujercita te haga muchos mimos, escámate y tócate el bolsillo... ¡ó la testuz!



SERÁ, CON TODO, feliz la esclava, mientras te considere su señor... Pero si la elevas á señora, no será feliz con nada... ¡ni haciéndote su esclavo!



CON TODO OFENDES y de todo te ofendes.

NO SE HARTABA de comer pan solo, y luego se hartó en seguida de comer cosas buenas.



CASI TODAS LAS mujeres simpatizan con la mujer de manga ancha, porque, en el fondo, están de acuerdo. La única diferencia entre las mujeres dadas descaradamente y las que parece que no se dán, es la hipocresía.



HAY CASOS DE esposas fieles, gracias al temor á la vergüenza pública y, más, á la patada que les puede dar el marido.

Algunas no tienen más freno que el temor á la puñalada trapera. Pero debemos reconocer que algunas esposas son absolutamente honradas y que no les faltan á sus maridos, porque como verdaderas san-

tas luchan constantemente contra la tentación y el deseo.



LA MUJER QUE SE dá con ligereza á muchos, por temperamento ardiente, no ofende tanto á su marido, como la que se dá al adulterio apasionadamente con un solo hombre.



UNA MUJER CASTA y pura por temperamento, es un pedazo de carne con ojos...

Y una mujer casta y pura por convicción, si es casada, es una adúltera de pensamiento.



LA MUJER QUE francamente abandona á su marido para irse con otro

hombre, casi no es adúltera.

El adulterio vil es la ruindad del engaño, de la traición, de la caricia hipócrita.



LO QUE OFENDE EN la mujer es su pudor finjido.

Rarísima mujer confesará lealmente a su esposo sus flaquezas; ¡pero irá al confesionario y se las dirá al cura, en voz baja como se dicen las porquerías!



CUANDO SUFRIMOS en amor, olvidamos lo que nos hizo gozar de ilusión y deleite con su miel. Los padres, y las mismas madres, cuando padecen y se desesperan con sus hijos, olvidan los momentos felices de ternura que tuvieron con ellos.

CONSEJOS Á LA HIJA.

Habiéndose hecho el tomar un hombre mujer *poco más* que recibir una moza de servicios á soldada por el tiempo que bien le estuviese, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio había sido enviado de su Padre, puso también el reparo de este vínculo.

FRAY LUIS DE LEÓN.

«La perfecta casada.»

Se hacen algunos matrimonios por amor; pero el matrimonio no es el amor. Un matrimonio *pensado* suele ser más bueno que un matrimonio de amor. El *ideal* de la mayoría de las mujeres es casarse. No lo piensan mucho. Bien analizado, ese *ideal* es: que rabien las otras viendo que *ella* ha pescado novio, ruido de boda y preparativos, aparato de tarjetas de invitación, gran tarea de á quién se enviarán y á quién no se enviarán, regalos esperados (negocio para el bazar, aparatosos estuches, inútiles) chucherías

exposición de regalos, vestido de novia, azahares hasta en el látigo de los cocheros y el imprescindible viaje de novios, desfloreando la primera noche nupcial en una incómoda litera de ferrocarril. Esto último es de lo más idiota que imaginarse puede. Antes se hablaba de cámara nupcial, de cama de novios... Blancuras, blanduras, cosas de ensueños amorosos, nitideces, pureza, cosas virginales, ropas virginales para carnes virginales... Recogimiento, comodidad, extravíos y deleites en un precioso nido de plumón... Hoy no: las carnes preciosas y virginales de la desposada (porque así es de moda) irán á descubrirse y rozarse entre las sábanas de cuartel de un ferrocarril, rozadas (aunque lavadas) por toda clase de patas sucias...

Otro debía ser, en la mujer, ese *ideal* de casarse. Poquitas lo tienen fino, razonable, así: realización de un sueño de amor ó, al menos, un enlace por simpatía y *pensado* para satisfacer la inclinación natural

á la unión amorosa y á la formación del hogar y la familia.

Y, ya en ese *ideal*, encaminarse á su consecución tratando de poner en la empresa una clara sensatez y un educado sentimiento.

El hombre preferido no va á ser aquel elegante, arrogante, abasallante... Vá á ser aquel otro modoso, laborioso, bondadoso... Por encima de todo, bondadoso.

El noviazgo, discreto, perfumado de honradez; la boda, á la antigua; y la noche de novios, á la antigua...



Hija mía, has seguido mi consejo, eres franca y leal con tu padre y vienes á consultarme como á un amigo. Un mozo te ha escrito una cartita: una declaración de amor. No te disgusta la presencia de ese mozo y quieres que yo te diga. ¿Qué te diré, hija mía?

Aun siendo su marido bueno, la mujer que se casa tiene que afrontar una vida de pesados deberes y hasta de sacrificios. El amor puede endulzar esa vida en los matrimonios buenos; pero el amor declina naturalmente, como el sol, pese al fuego de sus ardores. En los matrimonios buenos, el amor debe irse trocando en un entrañable afecto de compañeros leales: indulgencia, abnegación, constancia. Ni amigo mejor, ni confidente mejor, ni fiel custodio mejor de los intereses, morales ó materiales, que el esposo ó la esposa, si son buenos. No en amor, sino en camaradería, debe afirmarse duradera la unión de los esposos, para su bien y salvaguardia del hogar. Y el hogar es la única salvación del mundo.

Si, hija mía: aun siendo su marido bueno, la mujer, después del bello sueño del amor, tiene la realidad de los deberes maternales y de los de esposa que, aunque sea rica, no puede eludir el pesado cargo del

gobierno de su casa. El marido, si es bueno, algo podrá aliviarle la carga; pero de éstos hay pocos. Generalmente se dará por muy cumplidor atendiendo á su trabajo ó á su negocio. Y, si es malo, no se diga: egoísta, exigente, brutal, tiránico...

Otra cosa horrible: el marido *manda* en su mujer. No hay aquello de que la pobrecita diga: «Me equivoqué, me vuelvo atrás.» No, hija mía, tu marido *mandará* en tí y serás una vil esclava. A tu marido, si te abandona, lo más que la ley le exigirá es que te pase *alimentos*; pero a tí te obliga la ley a seguirlo y a que te acuestes con él, aunque te sea repulsivo y odioso...

La mujer *casada* es una esclava. ¡Gracias a que no todos los hombres casados son unos bestias!

Sería distinto si la ley amparase a la mujer y declarase matrimonial y lícita toda unión libre, sagrada toda mujer en cinta, casada ó soltera, y bendito y santo todo fruto de amor.

Hija mía: yo no te quiero cerrar las puertas de los sueños amorosos y de la dicha; pero no quisiera verte infeliz esclava.

El amor no es el matrimonio.

El amor no necesita ni ley, ni contrato.

El matrimonio, dadas las leyes actuales, es un contrato leonino que favorece al hombre y perjudica a la mujer.



Hija, mía: para amar, eres libre y... para unirte a un hombre, debes ser libre, no renunciando a tu libertad ¡por nada!



CONSEJOS Á MI VIUDA. Me moriré (cosa natural) probablemente antes que tú, puesto que soy mas viejo, y te quedarás viuda y ajamonada.

Bueno: pues, por tu bien, te aconsejo que no te vuelvas a casar.

Creerás que este consejo es un egoísmo mío de ultratumba; pero voy, para que no lo pienses así, á esplayarme, sobre este consejo mío, con palabras claritas.

Pienso ante todo que, después de quedarte viuda, es difícil que te cases a base de sensatez. Claro que, si te casas, no te faltarán razones peregrinas como las de una viuda (y así muchas) que cercana a los cuarenta años de edad y con cuatro hijos (dos de ellos hijas pollitas) se casó con un muchacho de veintiún años. Decía la buena señora: «No me iba a casar con un viejo que no pueda trabajar. Necesito un hombre joven que pueda trabajar para mis hijos.» Y, efectivamente, ella se mataba, lavando ropa y planchando, para mantener a los hijos y al bigardo. Un día se pelearon y ella le decía, irreflexiva: «No te necesito para mantener mis hijos.» ¿Entonces para qué?

Hay que acomodarse a la cruda realidad de la vida y hay que comprender la debili-

dad humana y apoyarla, aconsejando las cosas positivas que puedan aproximarnos a un relativo bien.

Cuando te quedes viuda, tu misión sagrada es criar a tu hijo y a tu hija, procurando sacarlos adelante en oficio o carrera de resultados prácticos. En ésto has de poner un heroico empeño. Después de eso, es de igual importancia que, si tienes algunos intereses ó ahorritos, los guardes bajo siete llaves y los ocultes y disimules con pobreza y humildad: no te vuelvas loca (¡oh la locura de las viudas!) con perifollos y colorines y tacos altos y rizos ó cupidos postizos de peinadora, para llamar la atención.

Se dice: «¡Ay infeliz de la que nace hermosa!» y se puede agregar: «¡Ay de la viuda con algún dinerito!» Está condenada a ser víctima, si no es una mujer heroica.

¿Por qué es tonta casi toda mujer viuda? Porque el amor entontece y una viuda es,

en amor, un brazo de mar...

Y aquí de la debilidad humana (su debilidad) que tanto debe vigilar una buena viuda.

Por votos y buenos propósitos que se haya hecho, sentirá todas las terribles tentaciones del amor reverdecido. Y no se le irá la vista tras de los hombres adecuados a su estado y edad, sino que le bailarán los ojos tras los jovencitos.

¡Mucho cuidado, mi viuda, mucho cuidado! No pongas toda la carne en el asador. No es ésto ni celos, ni egoísmo, de ultratumba. Es que sé lo que te vendrá después de haberte casado con un jovencito: ¡loco desvarío de amor! «¡Dulcísimo desvarío!» quizá me repliques. Te lo concedo; igual me podría pasar a mí. Pero yo no te digo que no te entregues al dulcísimo desvarío, sino *que no te cases*, que no te encadenes de nuevo y a nueva cadena que, como nueva, ha de ser más dura y resistente y pesada, pues no es gastada y amoldada y pulida y

suavizada como la vieja cadena de viejo matrimonio.

Tú, mi viuda, puedes divertirte y hasta desvariar de amor... Puedes hacer cuanto te dé la gana, pues para eso eres viuda, pero de ningún modo, hagas lo que hagas y te suceda lo que te suceda, debes casarte. Aprende a nadar y guardar la ropa.

Has quedado viuda con la sagrada misión de sacar adelante a tus hijos: has de hacer de madre y de padre.

Yo haría una ley prohibiendo el casarse en segundas nupcias a las viudas que quedaran con hijos.

Además, mi viuda, mujer ya descasada, dichosa tú que te ves libre de bragas é imposiciones, tiranías y brutalidades de un modelo de esposos.

¡Dichosa tú que has soportado la terrible prueba del fuego! Te aconsejo que no seas tan estúpida que malogres de nuevo tu libertad. ¡Tu preciosa libertad!

CONSEJOS AL AMIGO. ¿Casarte? ¿No casarte? ¡Qué te diré, si te he de hablar con el corazón en la mano!

Es muy bonito eso de la santidad del hogar, y el hogar como base de una sociedad sensata.

Casarse, pensar solo en su mujer, trabajar honestamente y criar y educar los hijos.

Todo eso está muy bien, si pudiéramos decir á nuestra naturaleza: «Ese es el precepto, ¡á cumplirlo!» Y que nuestra naturaleza fuese como una blanda cera que se adaptase á la exacta forma del precepto.

¿Qué cosa mejor, para el mismo hombre, que decirse: «Haré feliz á esta muchacha, seré un modelo de esposos, no tendré ya más mundo que mi hogar y en él mi mujer y mis hijos»?

¡Dichoso quien por temperamento pueda ceñir sus obras á tan bellos propósitos, y más dichoso si tiene una compañera que, también por temperamento, (cachazuda, indulgente, discreta,) secunda ese ideal de

florecimiento de la familia y afirmación del hogar, en la cordialidad de la paz y del amor y, principalmente, en la santa religión de sufrirse los unos á los otros!

Pero estos ejemplos de perfección, por naturaleza, son muy raros, y más raros todavía en que tanto el hombre como la mujer, en un matrimonio, tengan esa bendita condición, (ya de nacimiento) de calma, de conformidad y de luces naturales, para amoldarse a las fases diferentes del amor en el matrimonio: luna de miel y ardores, calma y más hondo afecto de compañeros y, finalmente, abnegación y viejo cariño (de yunta), difícil de quebrantar.

Y cumplir con los santos propósitos, no por temperamento, sino por decisión heroica y á contrapelo, será cosa que estará muy bien; pero, en fin de cuentas, tanto para la mujer como para el hombre, será padecer á la callada y tragar saliva.

Y es la endiablada naturaleza la que nos enreda en el conflicto y en el drama á cada

momento. Y somos tan irreflexivos que llegamos en el matrimonio á la disputa desagradable y á la violencia, recriminando é inculpando, sin detenernos á recapacitar que no hay culpa, sino anemia ó congestión sanguínea, histerismo ó impetuosidad juvenil, romanticismo ó brutalidad materialista.

Lo frecuente en el matrimonio es no entenderse.

Tu mujer, amigo mío, te querrá tener cosido á las sayas y te tomará cuentas de dónde has estado cada minuto, si has salido; ó, por el contrario, si estás metido en casa, te dirá: «¡Qué posma! ¿Por qué no sales á que te dé el viento?»

Abunda la mujer celosa. Esta mujer celosa no quería casarse con un tontaina ó simplote. A las mujeres les gustan los hombres pillos y, mejor, corridos. Pero, al mismo tiempo, no quieren comprender, ni (menos) aceptar que su marido, antes de serlo, haya estado con otras mujeres y (muchísimo menos) que, ya casado y siendo buen esposo,

pueda tener otros amoríos y devaneos.

Hombre y mujer, de buena fé al unirse, se prometen fidelidad; pero olvidan en un instante que prometen una cosa muy problemática y, desde luego, por naturaleza, más difícil de cumplir por el hombre que por la mujer.

Aparte de la discordia por causas de amor, toma el no entenderse caracteres graves por otros muchos motivos que, antes de casarse, si se piensa en ellos, parecen baladíes y no lo son.

Es muy raro congeniar, y entenderse en gustos, sentimientos é ideas.

La mujer puede ser buena, pero muy distinta de nosotros y decirnos varias cosas así:

«Te dedicas á las musarañas. Otros son más listos y se meten en negocios.»

«Tú eres muy liberal y, si sigues así, te quedarás sin camisa.»

«Te metes en política y ¿para qué? No sacas más que disgustos, mientras otros sacan buen provecho.»

El repertorio de estas frases es largo y sintético; pero, para muestra, basta un botón.

*

Por todo ésto, vengo á decirte, en suma, que no sé qué decirte.

La vida de casado lleva en sí éstos y mil inconvenientes más, que pueden tenerse presentes al recordar lo visto y oído. Pero y ¿la vida de soltero?

La vida de soltero es peor porque la naturaleza manda y, aunque te creas soltero y libre, vendrás á ser un mal casado. ¿Cómo vas á pasar sin mujer?... ¡sin una hembrita!

Sí, es la endiablada naturaleza la que nos enreda en el conflicto y en el drama á cada momento.

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

El mundo está hecho de cosas
que se van desmenuzando
y se van desmenuzando
y se van desmenuzando

RESERVADO

RESERVADO

MI QUERIDA más amable y complaciente es la literatura... y es la que me ha dado más hijos.



QUÉ REINA IDIOTA hubieras hecho! Tú no habrías servido á tu pueblo, sino que habrías hecho que todo tu pueblo te sirviera.



PUESTO QUE LA tendencia de las mujeres, al vestirse, es la de desnudarse, gastando para ello tontamente el dinero, bien nos podían ahorrar á los hombres la calamidad ruinosa de sus trapos, decidiéndose, de una vez, á ir desnudas y á enseñarlo todo.

LO MISMO QUE he deseado voluptuosamente, en las ansias delirantes de posesión amorosa, herir y traspasar con mi amor las entrañas de la mujer amada, así, en mis ansias vengativas de odio enloquecedor, he acariciado el deseo voluptuoso de clavar y clavar el arma homicida en el rival aborrecido...

Y es que, si el rival me es aborrecido, su vida, en cambio, me es caramente deseada como el apetecido cuerpo de la mujer que adoro...



LA VIRILIDAD DE tus amantes idiotas no te llegó hasta las entrañas de tu espíritu...

Y sufres el triste desencanto de verte mancillada y virgen, por haberte entregado á necios, impotentes de sentimiento y de mentalidad...

TE DÁS EN AMOR sin pudibundeces hipócritas ni mezquinos regateos y, así como te lo mereces, quiero alabarte.

Eres generosa de tu afecto, de tus encantos... eres generosa de liberalidad ¡oh, desprendida!... ¡¡de tí, toda entera desprendida, para darte!!



EN AMOR HAY, como en todo, muchas cosas convencionales. Por ejemplo el desamor y la ofensa. Ceda el esposo su puesto al amante, puesto que el amante tal puesto de esposo pretende, y ya teneis al esposo convertido en amante.



SI ECHAS UNA perra por delante, no te morderán los perros... Hay quien se sirve de la mujer, como de una

perra, para salir adelante en los negocios...
Y no le va mal.



CON LA MIEL EN LOS LABIOS.
Es lo inefable, en la sensualidad, el recuerdo de mujeres que nos amaron y que no pudimos gozarlas, y el de otras que hemos dejado de gozarlas antes de llegar al hastío y al desamor.



MI MANO ES sabia acariciando, porque ha descubierto los rincones más deliciosos de tu cuerpo.



ABRÁZAME CON tus brazos desnudos.

LE IBA YO A regalar á ella una camisa y me remiraba al comprarla... ¡Tanto remirarme en la camisa, para, luego, á lo mejor, hacérsela quitar!



TIENEN MUCHAS esposas la felicidad de un marido infiel, ardiente y galante también con otras mujeres... Pero pocas esposas saben gozar íntimamente lo cálido y sutil de esa felicidad...

Más obtusos en esta materia resultan los hombres todavía: ¿Qué más felicidad, para ellos, que gozar de una mujer que les gusta á todos? ¿No es peor que los cuernos, dormir con una mujer con la que nadie se acostaría?

FIN

INDICE

Para vosotros.....	Th. Dostoievsky	Pág.	4
Me siento frío.....	„	„	5
Del fuego apagado	„	„	8
El artista nunca es viejo.....	„	„	9

CENIZAS

¿Dónde estás, alma luminosa?.....	Pág.	11
Cuando yo era niño	„	12
Haré un libro	„	12
Le gusta á mi amada.....	„	13
Enumeras con verdadero deleite.....	„	13
Con tu amor me abres las puertas de un paraiso	„	14

Aquella carta de ella	Pág.	15
Con el día primaveral	„	15
Oh la caricia suave	„	16
Quizás mi amada os parezca bella	„	17
Pueden romperse las tirantes y duras cadenas	„	17
Tu madre me cuenta	„	18
La generosidad de los opulentos	„	18
El pajarito revolotea entre el ramaje..	„	19
Decía ella:	„	19
Los que te ven pasar	„	20
Al amor lo pintan ciego	„	20
Tengo miedo al desencanto	„	21
Estuve y ya habías pasado	„	21
Eres tan buena	„	21
Insistí en que me aclarases tus palabras	„	21
Todos los besos que te he dado	„	22
¡Era yo tan pobre!	„	22
Los versos para una mujer	„	23
Lo que valemos	„	25
La ladrona de la inocencia	„	25
El ídolo	„	28
Fidelidad	„	30
Niñadas	„	32
En el reino de la verdad	„	33
La ciega que veía cómo era el amor..	„	35
Por un agente de policía	„	36
Pocos os amarán	„	37

Vemos que, realmente,.....	Pág.	37
Lo más característico, en amor,	„	37
El amor es tiránico	„	38
Pero si amais	„	38
Más ricos de amor sereis	„	38
Amar es la mayor indigencia.....	„	38
A un hombre tú lo hiciste venturoso....	„	38
Has conseguido ponerme triste.....	„	39
En la cama fué el amor	„	39
Te encandilabas en él.....	„	39
He sido tan rico en amor.....	„	40
No quiero compasión.....	„	40
Ella tenía mucho talento.....	„	41
Proclamamos la libertad en amor	„	42
Aunque me olvides en tus alegrías	„	43
No te pregunto si me quieres.....	„	43
Como nunca te reprocharé nada	„	43
Hemos suspirado por una belleza	„	44
El amor es tiránico	„	45
Ví que multitudes de espíritus	„	45
Para el sentimiento	„	46
Dime que no querrás á nadie más.....	„	46
Lógica del amor.....	„	46
Que más hace el que quiere	„	47
El suicidio	„	47
Cierro los ojos.....	„	48
Mi mano es sabia acariciando. }	Repetidos	„ 48
Abrazame..... }	por error P. 144	„ 48

Llevabas un pomo de rosas	„	48
Pones en tu sonrisa tanta inocencia....	„	49
No eres extraordinariamente bella	„	49
No me gusta perder el tiempo	„	49
Los bichitos de luz.....	„	50
Celos	„	51
Practicabas la teoría del momento	„	52
El rigor amoroso	„	52
Ni se razona el amor,.....	„	55
Observé que ella no sentía pasión por mí	„	53
Ella tiene una cabecita pensadora.....	„	54
Si eres tan mujer	„	54
Como eres bonita y joven	„	55
Después de aquel rompimiento doloroso	„	55
Para la mujer.....	„	56
Regía una preciosa moda en lutos.....	„	56
La aberración de la Naturaleza	„	56
El noventa y nueve por ciento de los hombres.....	„	57
Reventando de pena.....	„	57
Después que en amor me reprochas,...	„	60
Tanto me quieres	„	61
Tengo una hija.....	„	62
Mujer, tienes por pareja.....	„	62
Donde hay pasión	„	65
La mujer tiene recursos preciosos	„	64

Todo manjar á diario.....	Pág.	64
Era una inglesita	„	65
Solo ya me promuebe mi amor.....	„	65
A pesar de los años.....	„	66
El tipo ese!	„	67
Pese á todo,	„	69
Pedazos de cartas	„	70
Se matan más hombres por mujeres	„	76
Qué guardas	„	76
Tienes razón	„	77
Disfraces del amor	„	77
Oh, ingrata,.....	„	78
Si hemos de dudar	„	80
Nunca te he negado nada	„	81
Eres tan buena.....	„	81
Si te dás consciente,.....	„	81
El sentimiento reflexivo	„	82
Transacción.....	„	82
El interés y la prudencia.....	„	82
Cambalachero.....	„	83
Miedo al amor.....	„	83
Sonreirle al amor.....	„	84
Vibremos	„	84
Armas.....	„	85
El ciego apasionamiento	„	86
Dolor de la inocencia.....	„	86
En el Gólgota	„	86

Tratemos de pasar sin violencia	Pág.	88
Todo es lógico	„	88
La tribulación literaria	„	88
Oh el carácter!	„	89
Lo que busco	„	90
Me pregunta por qué	„	90
Mi amor, ¿eres deseo ó idealidad?	„	91
El amor de los amores	„	91
¿Qué adoro en tí?	„	92
Puse mi amor	„	95
Suele decirse	„	95
Pienso que aquello es	„	94
No busco amor	„	94
Me has hablado	„	94
Te encuentro en la calle	„	95
El pobre negociante de amor	„	95
¡Ay de los envidiados!	„	101
Al amor de la lumbre	„	104
En el Pretorio	„	107
El beso	„	109
El juego del amor	„	110
De los encantos y desencantos	„	115
La Humanidad femenina	„	117
Te tornas altiva	„	118
Muchas mujeres buscan	„	118
Posiblemente no hay una	„	118
Cuando tu mujercita te haga muchos mimos		119

Será con todo feliz la esclava	Fág.	119
Con todo ofendes.....	„	119
No se hartaba	„	120
Casi todas las mujeres.....	„	120
Hay casos de esposas fieles	„	120
La mujer que se dá con ligereza a muchos	„	121
Una mujer casta y pura.....	„	121
La mujer que francamente	„	121
Lo que ofende en la mujer.....	„	122
Cuando sufrimos en amor.....	„	122
Consejos a la hija.....	„	123
Consejos a mi viuda.....	„	128
Consejos al amigo.....	„	135

RESERVADO

Mi querida más amable.....	„	141
¡Qué reina idiota hubieras hecho!.....	„	141
Puesto que la tendencia de las mujeres ...	„	141
Lo mismo que he deseado... ..	„	142
La virilidad de tus amantes.....	„	142
Te dás en amor sin pudibundeces	„	145
En amor hay... ..	„	145
Si echas una perra por delante... ..	„	145
Con la miel en los labios.....	„	144
Le iba yo á regalar á ella una camisa	„	145
Tienen muchas esposas.....	„	145

De estas obras completas de Vicente Medina ya van publicados diecinueve volúmenes, hasta el presente, y todos ellos eran inéditos, á excepción del XIV. Seguirán lo menos quince volúmenes más, entre ellos todavía unos seis, todos también inéditos, y cuya especificación es la siguiente:

PEQUEÑA GALERIA (Apuntes)

GALANTES (Versos.)

AIRES ARGENTINOS (Estilos) - Poesía

HIELOS (Versos del ocaso,

NINFAS Y SÁTIROS (Versos eróticos)

BRASAS—Prosa (El drama de la carne)

Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (*Versos de amor*)
- II ¡PADRE NUESTRO! (*Breviario*)
- III PATRIA CHICA (*Sentimiento regional*)
- IV EN LAS ESCUELAS (*Preceptiva pedagógico-literaria*)
- V EN EL MUNDO HUÉRFANO (*Esepticismo*)
- VI LA COMPAÑERA (*Versos*) Poema íntimo.
- VII CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES (¡A trallazos!) *Prosa.*
- VIII HUMO (*Yo mismo Autobiografía.*)
- IX SIN RUMBO (*Versos*) Amargo sentir.
- X A LA BUENA DE DIOS (*Filosofía ligera*) *Prosa.*
- XI ¡SED TENGO! (*Poesía*) Anhelos del más allá.
- XII HACIA UN SENSATO COMUNISMO (*Orientación política.*)
- XIII LA TIRANA (*El poeta-abuelo*) *Poesía.*
- XIV AIRES MURCIANOS (*Reedición del tomito Mignon*)
- XV PALOS DE CIEGO (*Filosofía del hombre bárbaro.*)
- XVI ¡MUJER, DIOS TE SALVE! (*Poesía.*)
- XVII HECES (*Prosa-Pensamientos.*)
- XVIII PAVESAS (*Más versos de amor.*)

Correspondencia á Vicente Medina - Entre Ríos 958 - Rosario de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería Rivadavia 1673, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta del Sol 15, Madrid - Librería de Victoriano Suárez, Preciados 48 Madrid.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
M. PIGNOLO & HNO.
SANTA FÉ 1279
ROSARIO DE SANTA FÉ



A
▲
EST
TA
N.

Q
A
Z
E

MUNICIPAL
DE MURCIA
ARCHIVO

E

3

8^A

A

31

•

XIX